Periquillo entre ellos.

Principe.

17

PERIQUITO ENTRE ELLOS.

Comedia

en cuatro actos y en verso

POR

D. MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Junio de 1844.

PERSONAS.

DON LESMES.
DOÑA ISABEL.
DON JUAN.
DON FELIX.
DON ANTONIO.
PERICO.
MELCHORA.
TORIBIO. } *Mozos de café.*
GINÉS. }
CUATRO ALGUACILES.
EL MAYORAL DE LA DILIGENCIA.

Criados de don Lesmes, y otras personas que no hablan.

El primer acto es en un café de Guadalajara; el segundo, tercero y cuarto en Madrid, en casa de don Lesmes.

ERRATAS IMPORTANTES.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
3	6	ese bodorrio	tal mescolanza
51	6	*Diego*	*Antonio*
103	8	cuestion	suerte

A mi buen amigo

DON MARIANO GIL Y ALCAYDE.

Cinco años han trascurrido desde los dias en que ejecutándose EL CONDE DON JULIAN *en el teatro de la ciudad* SIEMPRE HERÓICA, *contraje contigo una deuda que ahora quisiera pagarte, deuda de amistad y de reconocimiento al singular interes con que miraste mi primer ensayo dramático, y á la solicitud con que tanto contribuiste á alentarme en la dificil carrera que emprendia.*

Circunstancias que no son para referidas ahora han hecho que mi deseo de dedicarme esclusivamente al culto de las Musas escénicas luchase con multitud de obstáculos tanto mas dificiles de vencer, cuanto mas á propósito han sido para llenarme de sinsabores y disgustos, incompatibles con la tranquilidad y holgura de ánimo que todo escritor necesita. La presente composicion dramática, ligera y festiva como es, fue escrita no obstante en los momentos mas desagradables que acaso he tenido en mi vida; y harto conocerás, mi querido MARIANO, *lo imposible que deberá haberme sido sobreponerme al estado moral de mi alma para realizar en mi comedia las condiciones literarias que*

la crítica en otro caso tendria derecho á exigir. Mi objeto fue presentar un ensayo perteneciente á un género diametralmente opuesto al de mis pobres esfuerzos anteriores, y que teniendo por tipo nuestras antiguas comedias de gracioso, *pudiera conciliarse con la época y costumbres modernas, satisfaciendo, en cuanto me fuese posible, los deseos del público español, que nada desea tanto como ver movimiento y enredo aun en producciones ligeras. Yo sé bien cuán distante me hallo de haber conseguido acercarme á llenar exigencia tan justa; mas sea lo que quiera de mi comedia, yo no tengo mas pretension al dedicártela que la de probarte la constante amistad que te profeso, sin atender á ninguna otra consideracion. Si el público se mostrare propicio, favoreciendo con su indulgencia, como algunos se han atrevido á augurar, el ensayo que te dedico, yo me alegraré doblemente, tanto por lo que á mí respeta, como por la satisfaccion que habrá de caberme, y que es lo mas para mí, en no ver desairada una obra que lleva al frente tu nombre. Pero si el éxito no fuere favorable; si mi* PERIQUITO ENTRE ELLOS (1) *está destinado á sufrir una derrota en la escena; si tuviere yo, en fin, la desgracia de ofrecer una obra indigna de tí bajo todos conceptos, haz que prepondere en tu alma la amistad que conmigo te une; y si la sientes latir en el fondo de tu corazon como yo la siento en el mio, estoy seguro de que compadeciendo mi precipitacion y ligereza, verás en ellas al menos la buena memoria en que, separado de tí, y á los cinco años de ausencia, te tiene constantemente tu leal amigo*

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

Madrid 1.° de Junio de 1844.

---

(1) El refran dice *entre ellas*, pero yo me he tomado la libertad de modificarlo, no solo porque asi lo exige mi asunto, sino porque creo tambien que no debe dar motivo á graves recriminaciones la simple alteracion de una letra.



Acto primero.

Un café en Guadalajara, con el mostrador en el foro, y con departamento interior á la izquierda. La puerta de entrada á la derecha, y en ella un gran toldo. Durante el acto irán entrando y saliendo algunos concurrentes, los cuales se ocuparán en leer periódicos, en tomar alguna cosa, etc.

ESCENA PRIMERA.

TORIBIO. GINÉS.

TORIBIO. Poca gente, amigo mio,
y pocos emolumentos.
GINÉS. En efecto; para ser
dia de fiesta...
TORIBIO. Y San Pedro,
como quien no dice nada.
GINÉS. A la tarde será ello
con la prisa y con llamar
de veinte mesas á un tiempo.
TORIBIO. ¿En este café? ¡Sí, sí!
Dos años de oficio llevo,
y lo mismo que ves hoy,
he visto siempre.
GINÉS. ¡Pues bueno!
Tendremos paciencia.
TORIBIO. Sí;

y con ella medrarémos.
Nada, Ginés; á otra parte:
Guadalajara no es pueblo
para mozos de café.

GINÉS. Pues mi dia de comienzo
no es tan malo. Diez reales
me ha dado aquel caballero
que ha marchado á Sacedon
esta mañana.

TORIBIO. ¿Don Diego?

GINÉS. El mismo que viste y calza.

TORIBIO. ¿El sobrino y heredero
de ese rico millonario
que está con los sacramentos?

GINÉS. Pues por eso fue sin duda
el regalo que me ha hecho.
Loco estaba el badulaque
y bailando de contento
con tal herencia: ¿qué son
diez míseros realejos
para él?

TORIBIO. ¿Pero es posible
que siendo tan majadero
haya de verse tan rico?

GINÉS. ¿Qué quieres? Para los necios
es la fortuna en el mundo.

TORIBIO. Ciertamente; y aun por eso
te ha dado á tí diez reales,
y á mí... nada; ni un *laus Deo.*
Pero ¡hola! ¿Usted por acá,
(*Viendo á don Felix, que entra.*)
señor don Felix? Apuesto
á que tendrá usted calor,
y deseará un refresco
como verbi gracia...

ESCENA II.

DICHOS. DON FELIX.

FELIX. No.

TORIBIO. Pues entonces sacarémos

crema de anís, menta, rosa,
ponche, aniseta, Burdeos,
ron, marrasquino, champaña,
guinda, acerola...

FELIX. ¡San Telmo!
¿Quiéres con ese bodorrio
que me vaya á los infiernos?
Yo he venido solamente
á saber si el estafermo
de mi criado se ha visto
por aqui.

TORIBIO. ¡Pues cómo! ¿Ha hecho
alguna calaverada
de las que acostumbra?

FELIX. El necio
ha salido esta mañana,
y todavía no ha vuelto.

TORIBIO. ¡Ya ve usted! Como es su santo,
y el pobre chico es ligero
de cascos, habrá querido
celebrarlo de lo bueno,
y se habrá dormido, y...

FELIX. (*Haciendo que se va.*) ¡Vaya
con el muchacho!

TORIBIO. ¿Tan presto
da usted la vuelta? ¿No quiere
usted que le traiga el Eco
y el Boletin?

FELIX. He leido
ya los papeles, y ¡cierto
que me han puesto de un humor!
Siempre con robos, incendios
y asesinatos.

TORIBIO. ¡Pues toma!
¡Si esos facciosos perversos...!
¿Cuánto apostamos, don Felix,
á que esos diablos cogieron
la diligencia de hoy,
y los pobres pasageros
de Barcelona...

FELIX. ¡Pues qué!
¿Aun no han venido?

TORIBIO. A lo menos,
el parador en que comen
ya ve usted que no está lejos,
y ni oí la diligencia
ni...

FELIX. ¡Qué demonio! Mas eso
de quemarla, es dicho tuyo
y nada mas.

TORIBIO. Por supuesto:
pero mire usted, don Felix,
que tarda mucho.

FELIX. ¡En efecto!
Voy á ver qué dicen, hombre,
pues me has dejado suspenso
con tu ocurrencia. ¡Quemarla!
solo nos faltaba esto.

ESCENA III.

TORIBIO. GINÉS. *Despues* PERICO.

GINÉS. Jóven parece y gallardo
ese caballero.

TORIBIO. Oh, sí:
pero, amigo, es un petardo,
no gano un maravedí.
Ninguno quiere sentarse
hoy á tomar...

GINÉS. Ciertamente:
mas no hay que desconsolarse
porque se muestre la gente
tan tibia y tan...

TORIBIO. ¡Estoy frito!
Pero, hola... no hablemos mal,
que ha entrado un caballerito.

(*Por Perico, que acaba de entrar elegantemente vestido, y se ha sentado á una mesa, dándose la mayor importancia.*)

GINÉS. Y lindo, cuerpo de tal.

PERICO. (¡Qué majo estoy! ¡qué sorpresa
les voy á dar!)

TORIBIO. (*Sin conocerle.*) ¡Vaya un nene!

GINÉS. Pues se ha sentado á tu mesa.
TORIBIO. ¡Pero con qué ínfulas viene!
¿Pues no está dando porrazos
el gran abedul...
PERICO. (*Sin cesar de aporrear la mesa y disimulando la voz.*)
¡Mancebo!
TORIBIO. ¡Hombre! Que hace usted pedazos
la mesa.
PERICO. (*Idem.*) Hacerla de nuevo.
TORIBIO. Esa voz... ¿Mas no es Perico?
(*Reconociéndole.*)
¡Periquillo! ¿Pues qué es esto?
(*Señalando su trage con ademanes de admiracion.*)
PERICO. ¡Eh! No alce usted tanto el pico,
ni sea tan descompuesto.
Menos familiaridad...
y sírvame usted.
TORIBIO. Pero, hombre...
¡Ah! ¡que es su santo! Es verdad.
PERICO. ¡Valiente cosa es el nombre!
Pero ven, Toribio, ven:
(*Cesando de fingir y contoneándose.*)
¿No es verdad que estás pasmado,
y que me sienta muy bien?
(*Señalando su levita.*)
TORIBIO. ¡Pues ya se ve! Te has cambiado
en un milor. ¿Pero cômo
ó de qué manera...
PERICO. A ver
si lo adivinas. ¡Qué plomo!
¿No aciertas qué puede ser?
TORIBIO. ¿Es que tu amo te dió...
PERICO. ¿Don Felix? ¡Por vida mia
que eres bien torpe! No, no.
Ha sido... la lotería.
(*Bailando de contento.*)
TORIBIO. ¡Cómo! ¿Qué dices?
PERICO. Sí, sí:
¡Un lote de tres estractos...!
Y cuantos me ven asi
se quedan estupefactos.

No hace una hora siquiera
que el sastre arregló mi talle,
y me han cedido la acera
trece ó catorce en la calle.
Unos dicen: ¿qué habrá sido?
Otros: ¡pues no tiene duda!
Y ¡oh milagro del vestido!
todo el mundo me saluda.
Don Lucas frunciendo el gesto
le dijo á don Serapion:
¡ay amigo! ¿Será esto
á costa de la nacion?
¡Cómo ha engordado ese pez!
dijeron dos oficiales:
los utensilios tal vez,
ó los bienes nacionales.
¡Vamos, vamos! Yo me río
con esas cosas que oí...
¿Pero no es el amo mio
el que asoma por ahí?
¡Silencio! que quiero ver
si me conoce. Anda allá.

TORIBIO. ¡Pero si no puede ser!
¿La lotería? Ya, ya.

ESCENA IV.

DICHOS. DON FELIX.

FELIX. (*A Toribio.*) Hombre, tenias razon:
no ha venido, y todo el mundo
lo atribuye á la faccion.
Pero ¡si yo me confundo!
¿Dónde han podido pillarla,
si la chusma andaba ayer
tan lejos de...

PERICO. *(Fingiendo la voz, y hablando medio de espaldas á su amo.)*
¡Linda charla!
Como si para coger
una diligencia...

FELIX. Ya,

ya lo veo. Diez ó doce
que hayan salido...

PERICO. ¡Pues ya!
Si usted mismo lo conoce...

FELIX. Ese babieca... ¡Pues traigo
yo un humor de barrabás
para sufrir...!

PERICO. (*Soltando la carcajada.*)
Yo me caigo;
yo me reviento, no hay mas.

FELIX. ¡Voto al demonio! ¿Eras tú?
¿Qué farsa es esa, Perico?
¡Vamos! si es un Belcebú,
un calavera, un diablico.
¿Pues qué ocurrencia te dió
con pillar mi ropa y...

TORIBIO. ¡Toma!
mira si decia yo
que su fortuna era broma.

PERICO. Eh, poco á poco, bribon;
y usted tambien, señorito;
que ni á usted ni á la nacion
mi ropa les debe un pito.
(*Mostrándosela.*)

FELIX. Sí, ya lo veo... no es mia.
¿Pero dónde...?

TORIBIO. ¡Habrá cordel!
¡Qué... señor! La lotería
que le cayó al moscatel.

FELIX. ¿La lotería?

PERICO. (*Bailando.*) Sí... un terno,
seis mil reales, la suerte,
la fortuna...

FELIX. ¡Cuerno, cuerno!
¿Pues cómo ha sido caerte
un fortunon tan terrible?

PERICO. ¡Qué! Si yo me vuelvo loco,
y me parece imposible
cuando reflexiono un poco.
Óigalo usted, y verá
si fue suerte ó no lo fue. —
¡Mozo! apúntanos acá

media arroba de café.
(*Sentándose á la mesa.*)

FELIX. ¡Ha perdido la cabeza!

PERICO. ¡Eh! que es mi santo, y me empeño,
y...

FELIX. Vamos, bien.--Trae cerveza. (*Al mozo.*)

PERICO. Pero que sea el barreño
como una tinaja.

FELIX. (*Pagando al mozo.*) Cobra
una botella.

PERICO. (*Enojado al ver que quiere pagar su amo.*)
¡Cobrar!
¿Cuando me basta y me sobra...?

FELIX. ¡Bueno! te dejo pagar;
no hay que enfadarse.

PERICO. ¿Pues no?
¿Ha creido su merced...?

FELIX. Pero, hombre, ¿me cuentas...?

PERICO. ¡Oh!!!
eso es divino.--Oiga usted.--
Yo elegí el *diez*, el *cuarenta*,
y ademas el *seis* y el *uno*,
y me dirigí á la renta
que está á cargo de don Bruno.
Dile el papel, y él copió
los cuatro números, ¿eh?
Mas cometió un quid pro quo
que casi le asesiné.
En lugar del *seis* y el *uno*,
¿qué hizo? Juntó los dos,
y escribió *sesenta* y *uno*
el maldecido de Dios.
Yo no dí en la trabacuenta
hasta la tarde siguiente,
mas al caer en la cuenta
creí morir de repente.
Yo le dije ¡ya se ve!
doscientas mil picardías,
cuando vino el pagaré
al cabo de cuatro dias.
La misma equivocacion,
el mismo error... ¡Dios eterno!

yo esperaba un torozon
que me llevase al infierno.
¡Quitarme la suerte asi!
decia yo. ¡Bribonazo!
No sé cómo no le dí
al lotero un trabucazo.
Sale entre tanto la suerte,
y voy á ver... y ¡qué azar!
Me dió un calambre tan fuerte,
que aquello fue tiritar.
Miro los cinco guarismos,
y entre si vivo ó si muero,
veo los mios... los mismos
que habia escrito el lotero.
¡Ay qué alegría! Entro yo,
le abrazo, tiembla don Bruno,
y yo le digo... ¡No, no!
que salió el *sesenta y uno.*
¡Bravo!!! responde... Alla va
esa porcion de reales;--
y abre el cajon, y me da
trescientos duros cabales.

FELIX. ¡Mire usted si la fortuna
tiene cara de conejo!

TORIBIO. ¡Y yo no acierto ninguna,
y estoy poniendo el pellejo!

PERICO. ¡Eh! ¿Qué tal?

FELIX. Digo en conciencia
que es admirable ese lote.

TORIBIO. ¡Esto es peor que la herencia
que le espera al otro zote!
Ahora mismo voy á ver
si cambia la suerte mia.
Ginés, cuida este quehacer,
que voy á la lotería.

GINÉS. (*Que ha estado absorto y callado todo el rato.*)
¡Ay! pues pon eso por mí,
si vas á ver á don Bruno.

TORIBIO. ¿Los dos reales? (*Tomando lo que le da Ginés.*)

GINÉS. Sí, sí:
los dos al *sesenta y uno.* (*Sale Toribio.*)

FELIX. Bueno, Perico, eso es bueno,

y yo me alegro... pero, hombre,
si das en gastar sin freno
vas á perder hasta el nombre.
¿Qué es lo que piensas hacer
con ese poco dinero
que te ha quedado?

PERICO. Beber
á su salud lo primero.
Lo segundo, quiero ir
un mes á la corte.

FELIX. ¿A qué?

PERICO. ¡Toma! A triunfar, á lucir
la presencia que usted ve:
á ver si pillo y embromo
alguna niña y...

FELIX. ¡No hay mas!
no le ha quedado ni asomo
de juicio. Y despues ¿qué harás?

PERICO. ¡Toma! Volver por aqui,
donde usted esté... al abismo
si usted va allá.

FELIX. ¡Bravo!

PERICO. ¡Sí!
siempre de usted; siempre el mismo.
Pero mire usted que quiero
que usted me dé su licencia
luego, á galope...

FELIX. Pues cero:
no vas allá; ten paciencia.

PERICO. ¿Cómo que no?

FELIX. Que no vas.

PERICO. Pues yo me iré.

FELIX. Poco á poco.

PERICO. Pero amo de Satanás...

FELIX. Ea, silencio. ¿Estás loco?

PERICO. ¿Pues no es mi dinero mio?

FELIX. Mozo, llévate esos trastos.

PERICO. ¡Pues me ha dejado mas frio
que si fuera el as de bastos!--
Pero él me lo otorgará;
no hay cuidado.--Mozo, ten.

GINÉS. ¿No estaba pagado ya?

PERICO. Es tu propina.
GINÉS. Ah... muy bien:
gracias, don Pedro.
PERICO. ¡Atrevido!
Pedro á secas y sin *don*.
Mas... ¿y Toribio?
GINÉS. Ha salido.
PERICO. Toma, y dale este doblon.
(*Suena el ruido de la diligencia, que llega, y pára cerca del café.*)
FELIX. ¡Hola! Si no me equivoco,
ese ruido y esos...
PERICO. ¡Eh!
Vamos á charlar un poco
con la moza del café.
(*Entra por la izquierda.*)
FELIX. ¡Y estaba con tanta pena
la gente! Mas vale asi.
TORIBIO. (*Que entra por la derecha.*)
Ya ha venido, y toda llena.
No cabe una mosca alli.

ESCENA V.

DON FELIX. TORIBIO. GINÉS.

FELIX. ¿Llena? me alegro, porque ese
Periquillo está endiablado,
y á haber asiento vacante
era capaz de tomarlo.
GINÉS. ¿Pero has ido tú á poner...
TORIBIO. ¡Qué! si han cerrado el despacho,
y está la gente alarmada,
y dicen que...
FELIX. ¿Pues no ha entrado
esa diligencia ya?
TORIBIO. Sí señor, y sin mas daño
ni mas azar que una rueda
que se le habia quebrado;
pero la gente prosigue
con su tema, y siempre hablando
de los facciosos y...

FELIX. ¡Bah!
Cuando sepa que era falso
lo que decian...

TORIBIO. Ahi viene
uno de los que han llegado
en la berlina.

FELIX. ¿Qué veo?
¿No es ese... ¡voto va tantos!
don Juan!!

ESCENA VI.

DICHOS. DON JUAN, *que entra sacudiéndose el polvo atolondradamente y con aire de mal humor. Los mozos no tienen en esta escena mas intervencion que la de servir. Al fin de la misma, saldrá Toribio para volver en la escena octava. Los pocos concurrentes que ha habido hasta ahora se han ido ya del café, quedando solos don Juan y don Felix.*

JUAN. (*Abrazando á su amigo.*)
¡Don Felix! ¡Qué encuentro
al cabo de tantos años!

FELIX. Figúrate tú.

JUAN. ¡Hombre, bien!
¡Despues de cinco veranos
que concluimos las leyes
en Zaragoza!

FELIX. No tanto.
Tú te olvidas...

JUAN. Es verdad;
cuando viniste á los baños
de Barcelona. Pero hombre,
como aquello fue un relámpago
y solo estuviste en casa...

FELIX. Tres meses.

JUAN. Sí... tres ó cuatro,
no digo que no. -- Mas tú,
siempre tan bueno, tan guapo,
tan majeton...

FELIX. Y tú siempre
tan ligerillo de cascos,

¿no es verdad? Pero Juanito,
nunca hubiera imaginado
que viniendo por aqui,
lo hicieras asi de paso
y de una manera tan...

JUAN. ¡Qué! si estoy endemoniado,
y no sé lo que me pasa
con la noticia que acabo
de recibir.

FELIX. ¿Y qué es ello?

JUAN. Una ocurrencia del diablo.
Pero vamos, pasaremos
este brevísimo rato
bebiendo juntos.—¡Cerveza!
¡Saca cerveza, muchacho!
y entre tanto compondrán
ese coche ó ese carro
ó lo que sea.

FELIX. ¿Y comer?

JUAN. Qué comer ni qué... He dejado
la comida, y no sé ya
si me marcho ó no me marcho;
pero vendrán á avisarme,
y yo pensaré entre tanto
lo que he de hacer.

FELIX. Calavera
mas que nunca.

JUAN. Escucha el caso,
y veremos, ya que hablas,
si sabes ser mi abogado.

FELIX. Siempre serán cosas tuyas.

JUAN. Oye y calla.

FELIX. Escucho y callo.

JUAN. Supongo que sabrás ya
que mi padre está gozando
de Dios...

FELIX. ¿Ha muerto?

JUAN. ¡Ahi es nada,
y han transcurrido dos años
despues acá!

FELIX. ¡Pobre viejo!

JUAN. ¡Y á tí te queria tanto!

Pero en fin, esto no viene
hoy á cuento. A lo que estamos.
Dejóme en su testamento
doce mil pesos escasos,
y otros doce mil cabales
en un *item* de mil diablos,
que consistia en casarme
con la hija de un amigacho
que tenia aqui en Madrid,
y con el cual, el verano
que fue á la corte, arregló
ese convenio ó contrato,
ó como se llame. Yo,
cuando me vi aquel encargo,
si he decir la verdad,
quedéme asi... dentellando,
porque eso de matrimonio
me suena á dolor de lado,
y el buey suelto... en fin, ya sabes
ese refran castellano.
Y ademas, sin conocer
á la muchacha, ni al bárbaro
de su padre... ¿qué sé yo
si la niña es mosca ó tábano?
Pero dejar escapar
en los tiempos en que estamos
doce mil pesos, ya ves
que era tambien muy amargo;
y asi, comencé á pensar
y á rascarme el espinazo,
y entre si voy ó no voy,
y entre si marcho ó no marcho,
se me han pasado cabales
no menos que los dos años.
El padre de la muchacha,
que debe de ser un santo,
se dió por fin al demonio
con mi tardanza, y mirando
que no habia otro remedio
para salir del barranco,
á principios de este mes
me dirigió su *ultimatum*,

diciendo: « *señor don Juan,*
ó herrar ó quitar el banco.
Si en el dia de San Pedro
del corriente mes y año
no se ha presentado usted
á dar á mi hija su mano,
á las doce de la noche
dispongo de ella, y la caso
con don Antonio del Pino,
que la adora enamorado.»
Y héte aqui la causa toda
de un encuentro tan estraño,
y la razon y el motivo
de andar escopeteando.

FELIX. Ya lo veo, como que es
cosa de no descuidarlo,
porque el dia...

JUAN. Acaba hoy,
tú lo estas viendo, y si falto
me atrapa el otro la novia
y me quedo... Pero el caso
es que ahora mismo, al bajar
de la diligencia, entrando
á comer, he recibido
un noticion que me ha helado
y me hace titubear.
Tengo un tio millonario
en Sacedon...

FELIX. ¡Cómo! ¿tú
sobrino de ese ricacho
que hace tanto ruido?

JUAN. Sí;
y primo por mis pecados
de otro sobrino que tiene...

FELIX. Muy majadero, muy zafio,
muy animal...

JUAN. Ese mismo.

FELIX. Que ha estado aqui, y ha marchado
á todo correr...

JUAN. ¿Adónde?
¿A Sacedon? Ese asno
sabe lo que se hace.

FELIX. ¿Cómo?
JUAN. Como que se halla oleado
don Eloy mi tio, y es
mi suerte tal, que si tardo
en ir á verle, y si hoy
no le estrecho entre mis brazos,
¡á Dios herencia! mañana
se la lleva el mismo diablo.
FELIX. ¿Pero por qué?
JUAN. Porque estoy
con mi tio enemistado
por cuatro calaveradas
que ahora no te relato,
y sino le voy á ver,
y no nos reconciliamos,
ese babieca, ese tonto
aprovecha el trance amargo,
¡y buenas noches! me quedo
tamquam tábula...
FELIX. Es un chasco
seguramente.
JUAN. Un apuro
que me hace morder los labios:
porque si voy á la corte,
muere el tio mientras tanto,
y por ganar doce mil
pierdo un millon: si me marcho
á Sacedon, y al llegar
encuentro al tio enterrado,
pues todo podia ser,
y todo debo pensarlo,
me quedo sin mas ni mas
soldado liso y pelado,
sin el tio y sin la novia,
sin tajadas y sin plato.
FELIX. Pues entonces, ¡nada! vas
á lo fijo, á dar tu mano
á esa muchacha; y despues,
si el tio que está espirando
da largas...
JUAN. ¡Qué! si ayer tarde
estaba ya desahuciado.

FELIX. Pues marchas á Sacedon
en vez de seguir hablando,
y escribes á tu futura
el motivo inesperado
de la dilacion y...

JUAN. ¡Qué!
si es improrogable el plazo.

FELIX. Pero, hombre, no ha de ser
tu suegro tan inhumano
que sabiendo...

JUAN. Y mi rival
¿qué humanidad ó qué rábano
tendrá conmigo?

FELIX. Es verdad:
¡pero si eres un pelmazo,
si toda la culpa es tuya!
¿Quién está reflexionando
dos años enteros...

JUAN. Eso
no me saca á mí del paso,
ni se salva el que se ahoga
con irle sermoneando.

FELIX. ¿Pues qué quieres que te haga?

JUAN. ¡Ah! si tuvieras tú ánimo
y resolucion...

FELIX. ¡Quién! ¿Yo?

JUAN. ¡Oh, qué ocurrencia!

FELIX. Veamos
la ocurrencia.

JUAN. Ir tú á Madrid
en mi lugar, mientras marcho
yo á Sacedon.

FELIX. ¿Estás loco?

JUAN. ¡Y yo que no habia dado,
tonto de mí! Cabalmente
puedes hacer tú el milagro
mejor que nadie. ¡Un amigo
que ha conocido hasta al gato
de mi casa! Nada, nada:
vas allá; dices muy guapo
que eres yo; das á don Lesmes
el testamento, el contrato,

las cartas...
(*Dice esto entregándole los papeles.*)

FELIX. ¡Pero hombre!

JUAN. ¡Nada!
Ó eres un amigo falso,
un compañero falaz,
un condiscípulo ingrato,
un hombre sin...

FELIX. ¡Eche usted
por esa boca! ¿Y qué hago
yo con tomar...

JUAN. ¡Friolera!
Dilatar un dia el plazo
y asegurarme la novia,
y echar mi rival á un lado,
mientras yo corro á mi tio,
y voy en posta, y me largo
despues á Madrid, y llego,
y digo lo que ha pasado,
y dicen que es muy bien hecho...

FELIX. (*Remedando á don Juan.*)
O dicen que eres un zaino
y que ha pasado San Pedro
sin cumplir lo estipulado...

JUAN. (*Remedando á don Felix.*)
Pero mi suegro futuro
no ha de ser tan inhumano,
como decias tú mismo...

FELIX. ¡Pues anda! coge un caballo
y lárgate á Sacedon.

JUAN. (*Abrazándole entusiasmado.*)
¡Oh milagro de milagros
en materia de amistad
y de condiscipulazgos!

FELIX. Mira que yo no respondo
de que no concluya á palos
este negocio.

JUAN. ¡Contiendas!
¿Con quién?

FELIX. Con el otro zángano,
que al saber el quid pro quo,
pone las peras á cuarto.

JUAN. Salgamos del primer riesgo,
y despues...

FELIX. Pues á caballo,
que yo voy tambien...

JUAN. ¿A qué?
¿No está mi asiento bien ancho
en la diligencia?

FELIX. Hombre,
tienes razon.

JUAN. Alargando
media onza al mayoral...

FELIX. Que tienes razon: la aguardo.

JUAN. Voy á advertirle lo que hay,
y á Dios, y venga otro abrazo.
(*Se abrazan otra vez, y parte don Juan.*)

ESCENA VII.

DON FELIX. *Despues* PERICO *por la izquierda.*

FELIX. ¡Ay qué cascos, qué cabeza
y qué cerebro! ¿Mas quién
es el calavera aqui?
Por la Vírgen que no es él,
sino solamente yo,
yo, que me voy á meter
en algun verengenal...
Pero en fin, ¿qué se ha de hacer?
Aprovechemos el tiempo
tomando pluma y papel,
y escribamos á Perico...

PERICO. Señor, ¡si todo lo sé!
¡Si estaba escondido yo
detras de aquella pared,
y me he reido, y...

FELIX. ¡Bribon!
¿con esas salidas...

PERICO. ¡Qué!
¡No hay que zurrarme! Si ha sido
sin intencion, sin querer.

FELIX. Eres el tuno mas grande
que existe en la redondez

de la tierra.

(*Se oye pasar un caballo á todo galope, y grita don Juan desde afuera.*)

JUAN. Hasta la vuelta,
señor don Felix.

FELIX. ¡Pardiez,
que eso se llama ser listo!
¡A Dios, á Dios!
(*Desde la puerta.*)

PERICO. (*Idem.*) ¡Qué correr!
¡Qué galopar! Y el caballo
es del amo del café.

FELIX. Ahora bien. Ya ves que está
la diligencia al caer,
y que va á pasar...

PERICO. Sí, sí.
Ya veo que su merced
aprovecha la ocasion,
y le doy gracias...

FELIX. ¿De qué?

PERICO. ¡Toma! De llevarme allá
á ver la corte, y á ver
qué es aquello, y...

FELIX. ¿Tú á Madrid?
¡Yo me guardaré muy bien!
Ahora menos que nunca
estoy dispuesto á acceder.

PERICO. ¿Cómo que no? ¡Pero vamos!
Usted se chancea y se...

FELIX. ¿Chancearme? No por cierto:
no vienes; no puede ser.

PERICO. ¿Pero por qué?

FELIX. Porque dejo
la casa sola, y ya ves
que saliendo así de un modo...

ESCENA VIII.

DICHOS. TORIBIO, *que entrá precipitado. Despues* EL MAYORAL.

TORIBIO. ¡Don Felix! ¿Pues qué hace usted

tan cachazudo y tan...

FELIX. ¡Cómo!
¿Van ya á montar?

TORIBIO. Yo no sé;
pero la alarma es terrible
y han comenzado á correr,
y la milicia y las cajas
y las cornetas...

(*Se oye generala, aunque lejos, y de modo que no pueda interrumpir la representacion.*)

FELIX. ¡Luzbel
cargue conmigo y con ellas
y con don Juan y con...

PERICO. (*Desde la puerta.*) ¡Bien!
¡Eso va bueno! La gente
se precipita en tropel,
y los granaderos van
al sitio de la otra vez...

TORIBIO. Y alli tambien va mi amo.

PERICO. Y alli corre una muger,
y alli se ha caido un chico,
y alli...

FELIX. ¡Maldecida amen,
y cien veces maldecida
alarma de Lucifer!
¿Qué hago ahora? ¿Dónde voy?
¿Cómo abandono...

(*Entra el mayoral.*)

MAYORAL. ¿Quién es
el que ha tomado el asiento
de la berlina?

FELIX. Bien... bien...
Luego, al momento...

MAYORAL. Pues listo,
y arréglese su merced,
que hemos de estar en Madrid
antes que toquen las seis.

FELIX. Sí, si señor.

MAYORAL. ¿Qué equipage...

FELIX. Nada... ninguno.

MAYORAL. ¡Ea pues!
Antes de un credo pasamos

por la puerta del café. (*Vase.*)

FELIX. ¿Pero cómo voy allá
si me llama aqui el deber,
ó cómo abandono al otro
en apuro tan cruel?

PERICO. Pero señor... ¡Qué demonio!
¿Todavía piensa...

FELIX. ¡Qué!
Si no soy yo, si eres tú
el que te vas á poner
al punto en marcha y...

PERICO. (*Bailando y queriendo abrazarle.*)
¿Yo allá?
¡Ay qué delicia! Si usted
vale un Perú y un...

FELIX. Pues hombre,
¿qué habia de suceder?
Apuradamente estás
vestido como un marques,
y habiéndolo oido todo
detras de aquella pared...

PERICO. (*Rascándose la oreja, y como comprendiendo la determinacion de don Felix.*)
Ay... ay... ay...

FELIX. ¡Vamos! No empieces
ahora á rascarte: despues
te rascarás con mas gusto
en la diligencia.—Ven,
oye, Perico.

PERICO. ¡Cá, cá!
No señor... ¡si todo fue
gana de hablar!

FELIX. Vamos, hombre;
no seas tan moscatel.

PERICO. ¡Si digo que ya no quiero!
Yo me quedaré á barrer
la habitacion.

FELIX. Pero tonto,
si yo lo dije tambien
por mera chanza y...

PERICO. ¡No importa!
Pata los dos. ¿Qué he de hacer

yo en Madrid? Gastar lo poco
que me ha quedado, y despues...

FELIX. Nada, nada. Ahora soy yo
quien paga los gastos... ¿eh?
Y siendo con mi dinero...
Ademas, que tu papel
se reduce solamente,
como has oido...

PERICO. ¡Un lebrel
me coma primero! ¿Yo
ir á casarme...

FELIX. Hombre... ¡qué!
si no es eso... si vas solo...

PERICO. ¡Si lo he comprendido bien!
Mas no hay que cansarse.

FELIX. ¡Nada!
Vas como cuerpo de rey
en la diligencia, y llegas
y les dices... Pero ten
(*Le va dejando los papeles encima de la mesa.*)
el pasaporte, el contrato,
el testamento... y á fé
que puedes en el camino
entretenerte en leer.

PERICO. ¡Buena diversion!

FELIX. Las señas
de la casa van tambien
apuntadas por ahí...
Sí, mira: *número diez,*
cuarto segundo. ¿Qué tal?
Pero mira que ha de ser
antes que toquen las doce
de la noche.

PERICO. ¡Habrá cordel!
¿Cuántas veces...
(*Suena la generala mas cerca.*)

FELIX. ¡Los tambores,
la generala otra vez!
(*Se oye la diligencia, que pasa un momento.*)
¡La diligencia! Muchacho,
Perico... ¿Con que despues
que dices que vas...

PERICO. ¡Dios mio!
Usted me quiere perder.
MAYORAL. (*Desde afuera.*)
¿Sale usted con mil demonios,
ó voy á Madrid sin él?
FELIX. Sí, sí señor; allá va.—
Perico menéate,
corre, Perico... ó te mato
y te sepulto...
PERICO. (*Tomando los papeles.*)
¡Pues bien!
Si sale una calabaza,
no hay que quejarse.—A mas ver. (*Sale.*)
FELIX. ¡Gracias á Dios!—Y yo ahora,
á la milicia al cuartel.

(*Sale precipitado; se oye el ruido de la diligencia que parte, y entre el estruendo de las cajas y cornetas que pasan por la puerta del café, cae el telon.*)





Acto segundo.

Una sala bien alhajada, pero con muebles antiguos. A la derecha dos puertas: la una conduce á las habitaciones interiores, la otra es la del cuarto destinado á don Juan. A la izquierda otras dos puertas, una de las cuales es la del cuarto de don Lesmes. La puerta de entrada en el foro. Un reloj de pared en sitio conveniente.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL. MELCHORA.

MELCHORA. Segun eso, ¿hay otro amor,
ó lo ha habido?

ISABEL. Sí, Melchora:
¿mas para qué recordarlo
cuando se acerca mi boda?
Mi deber es olvidar
esa pasion engañosa,
y obedecer á mi padre
que asi lo quiere.

MELCHORA. ¡Malhora
con tales padres! ¿Es él
acaso el que se desposa
para disponer asi
de vuestra mano?

ISABEL. Melchora,
no hables de mi padre mal.

MELCHORA. Yo no hablo mal; pero es cosa

de condenarse...

ISABEL. Una hija
no tiene voluntad propia.

MELCHORA. Ya veo que se conoce
la educacion que las monjas
le dieron á usted. Y el fraile
que á usted la confiesa ahora,
¿qué es lo que dice?

ISABEL. Lo mismo:
que cuando mi padre otorga
el casamiento, sabrá
que debo de ser dichosa.

MELCHORA. Pues digo que el esclaustrado
es otro tal, otro momia.

ISABEL. ¿Estás en tu juicio?

MELCHORA. ¡Qué!
¡Si esto parece la historia
de la edad media! Familia
del tiempo de Epaminondas.
¡A bien que si usted amára
como decia esa boca...

ISABEL. Mira que si hablas asi,
me enfadas tambien, Melchora,
que yo no miento.

MELCHORA. Amorcillos
de niña.

ISABEL. ¿De niña?

MELCHORA. Y boba
sin duda alguna.

ISABEL. Eso sí,
que he sido bien y bien tonta
en concebir esperanzas
que han sido tan ilusorias.
Mira: yo me hallaba enferma
y desahuciada, y las monjas
hicieron voto á la Vírgen
del Pilar de Zaragoza,
que si salia del trance
por su intercesion piadosa,
apenas me levantara
iria á verla en persona.
Asi se verificó,

y mi madre que esté en gloria,
acompañándome allá...

ESCENA II.

DICHAS. DON LESMES, *que ha estado oyendo desde la mitad de la escena anterior.*

LESMES. ¡Si mis manos no la ahogan,
digo que soy...! Hable usted,
prosiga usted esa historia,
cuente usted esos amores
que asi mis canas deshonran
sin yo saberlo.
ISABEL. ¡Dios mio!
LESMES. ¡Y tú, pícara bribona,
que me la impones...
MELCHORA. ¡Ay... ay!
(Éntrase corriendo.)
LESMES. Yo te arreglaré á mis solas;
yo te diré, bribonaza,
si el padre guardian es momia.
Pero tú... ¿será posible
que... Ven acá, ven, traidora,
y esplícame los conceptos
de esa letrilla amorosa
que acabo de hallar.
ISABEL. ¡Su letra!
LESMES. Sí, sí, liviana: sus coplas,
sus versos son. ¿Dónde, cómo
el que su seso trastorna
te ha seducido?
ISABEL. Señor...
matadme si os acomoda,
mas no me llameis liviana,
que es espresion afrentosa:
sensible al amor, lo soy
mas todavía á la honra,
y son palabras las vuestras
que aun con ser de padre, enojan.
LESMES. ¡Oh, ya lo sé! Ni jamas
sospeché la menor sombra

en tu virtud; pero en fin,
el hombre que te enamora,
el que supo engatusar
á tu madre en Zaragoza,
¿quién es?

ISABEL. ¿A qué la pregunta,
si es inútil que os responda?
Básteos saber que mi estrella
á sus noticias me roba,
y que ignoro si le debo
la mas pequeña memoria:
básteos saber...

LESMES. ¿Pero quién,
quién es el hombre...?

ISABEL. Mi boca
no lo dirá. ¿Para qué,
si la víctima está pronta?
de don Juan ó don Antonio
destinada á ser esposa,
en vano pretenderé
que con piedad se me oiga,
pues mi sentencia está dada
y la obediencia es forzosa.

LESMES. Forzosa, dijiste bien:
que fuera esperanza loca
presumir el menor cambio
que se refiera á la boda.

ISABEL. ¡Ah, padre! Sois bien cruel.

LESMES. ¡Cómo! ¿Aun te atreves... aun lloras,
aun... Pero vamos; ¡si todo
no vale nada! ¡Habrá tonta!
por un hombre, que ella misma
dice que no vale cosa,
y que riéndose allá
la habrá olvidado por otra...

ISABEL. ¡Ah!

LESMES. ¿Pues no lo digo yo?
¿Si confiar en lisonjas
de los hombres...! Vamos, vamos,
que eso ha sido una bicoca,
y apenas venga don Juan...

ISABEL. Un hombre que nunca asoma,

y que le ha costado tanto
arrancar de Barcelona.

LESMES. Pero, muger... sus asuntos...
sus negocios...

ISABEL. Con demoras
eternamente. ¿Qué amor,
ó qué interes me denota
esa conducta? No, padre:
yo no puedo ser dichosa
con ese hombre.

LESMES. ¿Por qué?

ISABEL. ¡Casarme con quien se porta
de un modo tan...! Y ademas,
sin conocerle, y sin...

LESMES. ¡Toma!
Él tampoco te conoce,
y estais en paz. Pero todas
tus aprensiones son vanas
y vienen muy mal ahora.
Yo me casé como tú,
y tu madre que está en gloria
hizo lo mismo, y por eso
no hay que decir... Vamos, mona;
marcha á vestirte; ya ves
que puede llegar la hora,
y no quiero que te encuentre
desprevenida, llorosa,
ó haciendo dengues.

ISABEL. Al menos,
ya que me ponen lo argolla,
fuera don Antonio y...

LESMES. ¿Qué hablas
de don Antonio?

ISABEL. Que es boda
que me placiera mejor,
pues aunque no me enamora
el tal jóven, le conozco,
y eso al fin es otra cosa.

LESMES. Pero, muger... ¿cuántas veces
he de decirte...?

ESCENA III.

DON LESMES. DOÑA ISABEL. DON ANTONIO. *Despues* MELCHORA.

ANTONIO. Señora,
esa confesion queria
oir yo de vuestra boca.

LESMES. ¿Qué confesion? Aqui no hay
mas voluntad, ni mas norma
que obedecer ella en todo
las leyes que yo le imponga.
¿Entiende usted?

ANTONIO. Yo he oido
que prefiere mi persona
á la de ese advenedizo
que sus encantos me roba.
¿Cómo sería posible
despues de oirlo...

LESMES. (*Llamando.*) ¡Melchora! —
Ella amará á quien le toque
y como Dios lo disponga:
á don Juan si se presenta;
á usted si falta á la hora.
¿Entiende usted? ¡Pero habráse
visto muchacha...! ¿Eres sorda?

MELCHORA. Señor...

LESMES. Señor... (*Remedándola.*)

MELCHORA. ¡Ay... ay... ay...!

LESMES. Ven acá, murmuradora;
¡pícara, ven...!

MELCHORA. Don Antonio,
defiéndame usted.

LESMES. ¡Bribona!
como otra vez te entrometas
en cosas que no te importan,
y vuelvas á hablar...

MELCHORA. ¡Ay... ay...!

ANTONIO. ¿Pero qué es eso?

LESMES. ¡No es cosa!
que se ha atrevido á decir
la grandísima habladora...

MELCHORA. ¡Nada! Que el padre guardian...
LESMES. ¿Mas que te rompo la cholla
si chistas una palabra?—
Acompaña á tu señora
al tocador.
MELCHORA. Señorita,
tiene razon... vamos prontas,
porque sino... (Y allá dentro
proseguirá usted la historia.)
ISABEL. ¡Dios mio! Decias bien:
yo era una niña, una tonta.
(*Estos dos versos los dice mientras don Lesmes y don Antonio estan hablando aparte.*)

ESCENA IV.

DON LESMES. DON ANTONIO.

ANTONIO. ¿Con que no hay apelacion
de esa sentencia fatal?
LESMES. Don Antonio, estais pesado
y machacon por demas.
¿Falto acaso á mi palabra?
¿Han dado las doce ya,
para que vengais con quejas,
ó comenceis á llorar
antes de tiempo?
ANTONIO. (¡Esta carta
de Guadalajara! ¿Habrá
surtido efecto...? ¡Dios mio!)
LESMES. ¡Nada! No hay que cavilar.
Las palabras de Isabel,
la preferencia que os da,
cuanto me querais decir,
lo repito, es por demas.
De las seis hasta las doce
son otras seis las que van,
y esto supuesto...
ANTONIO. A lo menos,
repetidme que será
mia Isabel, si á esa hora...
LESMES. Vuelta otra vez.

ANTONIO. Perdonad;
pero con solo un minuto
que pase...
LESMES. ¡Qué machacar!
ANTONIO. Aun cuando alegue la causa
mas desesperada y mas...
LESMES. ¿Quiere usted irse al infierno,
y no fastidiarme ya?
¿Cuánto va que si me enfado
vuelvo mi palabra atrás,
y entonces...
ANTONIO. ¡Ah, no señor!
que esa palabra es formal,
y todas mis pesadeces
solo prueban el afan,
la incertidumbre... el amor...
En fin... no le hablo á usted mas.
Yo me resigno, y me marcho
un escribano á buscar,
que estienda como es debido
el testimonio legal,
si á las doce de la noche
no se presenta...
PERICO. (*Desde afuera.*) Anunciad
á vuestro amo que salga
á recibir á don Juan.
ANTONIO. ¡Qué es lo que escucho!
LESMES. ¿Es posible?
¿Está ya aqui? Perdonad,
don Antonio, mas ya veis... (*Sale.*)
ANTONIO. ¡A tierra todo mi plan!
LESMES. (*Desde afuera.*) Su equipage por alli.
Y vos, hijo mio, entrad,
entrad por aqui... ¡Qué guapo!
¡qué gracioso y qué galan!
(*Entran y salen con el equipage los criados, que no hablan.*)

ESCENA V.

DICHOS. PERICO. (*Don Antonio queda á un lado del teatro contemplando al recien venido.*)

PERICO. (¡Bravo! Él mismo me da pie.)

¡Si señor! Muy guapeton,
muy gallardo, muy gachon...
Todo lo que quiera usté.

LESMES. ¡Ay qué monada! Se esplica
de un modo tal, que enamora.

PERICO. (Pues solo me falta ahora
que se enamore la chica.)

LESMES. Venga un abrazo.

PERICO. Otro, y cien,
y ciento mas, y sin miedo,
y firme apreton. (¿Va un dedo
á que me besa tambien?)

LESMES. Retrato fiel de su padre;
su misma fisonomía.

PERICO. ¿De don Roque? (¡Si tendría
algo que ver con mi madre!!)

LESMES. ¡Vaya, vaya! Y yo temiendo
algun suceso... ¿Y qué tal,
qué tal el viaje?

PERICO. ¡Infernal!
todo el camino leyendo.

LESMES. ¿Leyendo?

PERICO. ¡Qué! si nací
con un amor al estudio...

ANTONIO. (¡Qué hormigueo, y qué preludio!)

LESMES. Pero, hombre... ¿quién viaja asi?

PERICO. ¿Qué quiere usted...? Estoy ciego;
tengo una aficion cruel.—
¿Pero dónde está Isabel?
¿en dónde?

LESMES. ¡Sí! Luego, luego.

PERICO. (Si no pregunto por ella,
va á decir que hay maleficio.)

LESMES. (*A la puerta del cuarto de su hija.*)
Niña... Isabel...

ANTONIO. (¡Qué suplicio!)

LESMES. Está aqui con su doncella,
y no se halla sin duda
vestida aún...

PERICO. ¿Qué es vestida?
Salga, señor, por su vida,
y mas que sea desnuda.

LESMES. ¿Ahora tan grande afan,
y dos años tanta calma?
ANTONIO. (¡Por Cristo, que tienen alma
los arranques de don Juan!)
PERICO. ¡Nada, nada! esperaré
por mas que á mi amor le pese.
(Reparando en don Antonio.)
Pero oiga usted: ¿quién es ese...
ANTONIO. *(Saludando con forzada cortesía, y adelantándose.)*
Caballero...
PERICO. ¡Ya se ve!
como yo no habia visto...
LESMES. (¡Hombre! ¿Qué hace usted aqui?
¿No conoce usted...)
ANTONIO. (Sí, sí...)
PERICO. ¿Será el otro?—¡Jesucristo!
yo tiemblo diente con diente,
si no se marcha de en medio.
LESMES. (Aqui hay una sin remedio,
sino es el otro prudente.)
Juanito... Juan, ya lo ves...
es natural que esté triste,
porque al fin... como viniste,
claro está...
PERICO. ¿Pero quién es?
LESMES. Es don Antonio... el que...
PERICO. ¡Ah! sí...
el otro competidor.—
Hágame usted el favor
de echarle luego de aqui.
ANTONIO. ¡Caballero!!!
PERICO. (¡Ay Vírgen Santa!)
LESMES. Esto se pone formal.
PERICO. Pero, padre, ¿hablé tan mal,
que de ese modo se espanta?
Habiendo venido yo,
¿no es claro que está de sobra?
ANTONIO. ¡Vive Dios!
PERICO. (¡Ay qué zozobra!)
¿Y usted se enfada y...
ANTONIO. ¿Pues no?

LESMES. Evitemos algun lance...
PERICO. (¡Y empecé tan felizmente!)
LESMES. Don Antonio... ciertamente
que es muy duro aqueste trance...
pero desde que llegó,
claro es que al veros...
ANTONIO. Debia
tener mas cortesanía,
como la tuviera yo.
LESMES. Él ha debido sentir
veros tambien... y esa ira...
ANTONIO. Es un insulto.
PERICO. Es mentira.
ANTONIO. Ahora son dos. ¿Yo mentir?
LESMES. Pero, Juanito, ¿no ves
que tú tambien...
PERICO. Poco á poco;
que el espadachin y el loco
es don Antonio.
ANTONIO. ¡Y van tres!
PERICO. Hombre, si usted cuenta asi,
van á subir á un millon.
ANTONIO. ¡Eh! menos conversacion,
y vamos fuera de aqui.
LESMES. (*Interponiéndose.*)
¡Un desafío!
PERICO. Un demonio.
(¡Ay qué congoja! ¡qué afan!)

ESCENA VI.

DICHOS. ISABEL.

ISABEL. ¡Padre! ¿Qué es esto?
LESMES. Un desman
que anubla tu matrimonio.
PERICO. (¡Ay qué mona!) Una insolencia
de don Antonio, señora:
pero á bien, que usted ahora
sabrá toda la pendencia,
y...
LESMES. Sí, hija mia; conten
:

su furor, ó hay un trabajo.

ANTONIO. Nuestro sitio es allá abajo,
señor don Juan.

PERICO. Bien... ¡muy bien!
Pero oiga usted un instante
todo el *quid* de la cuestion. (*A Isabel.*)

ISABEL. Nada escucho; ni hay razon
para pasar adelante.
Yo os lo prohibo, y primero
que consentir...

PERICO. ¿No ve usté?

ANTONIO. ¡Vive Dios, que me engañé
cuando os creí caballero!

PERICO. (¡Sí... buen negocio!) ¡Cá, cá!
no se ande usted por las ramas:
yo no desairo á las damas,
y no hay que cansarse ya.—
Pero en fin... si ella prefiere
que nos matemos...

ISABEL. ¡No, no!

PERICO. ¿No ve usted? ¿Qué he de hacer yo,
si Isabelilla no quiere?

ANTONIO. ¡Por el agua del bautismo,
que sois cobarde!

PERICO. ¡Cobarde!
¡Cuando estoy haciendo alarde
de dominarme á mí mismo!

ANTONIO. Yo sabré lo que conviene,
si es tan vil, hacer con él.

PERICO. ¿Pero oye usted, Isabel,
con qué indirectas me viene?

ANTONIO. Mi espada ya... se desdora
de convidarle á la lid.—
Entre tanto, recibid
mil parabienes, señora:
digna de envidia por Dios
es la eleccion, y me alegro. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* DON ANTONIO.

PERICO. Ese insulto es á mi suegro,

y él se entenderá con vos.—
¿Por qué me habeis impedido
castigar á ese camueso, (*A Isabel.*)
y...

LESMES. ¡Basta! No hablemos de eso,
pues todo se ha concluido.
Hablemos...

PERICO. (¡Ay Dios!) ¡Corriente!
como usted quiera.

ISABEL. Papá...
¿Puedo retirarme ya? (*Con displicencia.*)

PERICO. ¡Tambien! ¡Si á condescendiente
nadie me gana!

LESMES. ¡Marchar!
¿No le dices, Isabel,
nada á tu novio?

ISABEL. ¿Yo á él?

PERICO. Tiene razon: ¿qué ha de hablar,
si yo no le he dicho nada?
¡Ya se ve! con esa riña,
es cosa clara... la niña
se me ha puesto amostazada.
Mas todo tiene remedio
en este mundo, pichona,
y en esa cara tan mona
sienta muy mal ese tedio.—
¡A no ser que mi rival
sea la causa y...

LESMES. ¿Por qué?
¿Has pensado acaso...

PERICO. ¡Eh!
que no lo digo por mal.
Y pues dice usted que no,
yo me alegro de ese porte;
que tampoco habrá en la corte
marido mejor que yo.
Mi padre, que era hombre grande,
me dijo: «te casarás,
y en todo y por todo harás
lo que tu muger te mande.»
¿Entiendes, Isabelilla?
Ya ves tú si puede haber

mas venturosa muger,
no ya en la corte, en Castilla.
Esposo tuyo rendido,
haré cuanto me impusieres:
seremos, si tú lo quieres,
yo la muger, tú el marido.

LESMES. ¡Ay qué ternura y qué...

PERICO. ¡Nada!
Gusto, placer, libertad;
soltera en realidad,
solo en el nombre casada.
Si tú me quieres atado,
juntos los dos viviremos;
si quieres soltura, iremos
cada cual por nuestro lado.

LESMES. ¡Hombre! eso no.

PERICO. Tus visitas
serán las que quieras tú:
irás á Roma, al Perú...

ISABEL. ¡Padre!

LESMES. ¡Don Juan!

PERICO. Sin chiquitas,
sin necesidad de ruego,
sin mas que mover el pie:
y no te preguntaré
si vas con Juan ó con Diego.

LESMES. Pero demonio...

ISABEL. ¡Ay Dios mio!

PERICO. No, no lo tomes á broma:
yo no he de ser un carcoma,
ni he de amarte á lo judío.
¡Fuera celos, fuera afan,
fuera ruidos enojosos!
Seré modelo de esposos
en lo marido y lo Juan.
Si quieres oreja sorda,
tendré cerrado el oido;
¿cegura? tendrás marido
que te hará la vista gorda.
Libre en fin, y no cautiva;
libres los dos, voto á tal:
yo el marido nominal,

tú la muger efectiva.

LESMES. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué torrente, qué raudal de disparates!

ISABEL. ¿Qué respondo á esos dislates?

PERICO. Que es la moneda corriente.

LESMES. ¿Pero es posible que tú...

PERICO. ¡Eh! Yo sé lo que me hago, y veo que no hay amago de tentarla Belcebú.

LESMES. ¡Ah! ¿Con que quiso probar...

ISABEL. ¡Habráse visto insolencia!

PERICO. ¡Ay qué candor, qué inocencia! -- Pero, padre, ¿hemos de estar de planton...

ISABEL. Ese hombre es loco.

LESMES. Hombre, ¡es verdad! Una silla.

PERICO. ¡Mil gracias! En esta villa ¿no duerme un viajero un poco?

LESMES. ¡Ah, ya lo entiendo! Estarás...

PERICO. ¡Digo!

LESMES. Pero, hombre... ¡si nada se ha hablado aun...

PERICO. ¡Qué bobada! Mañana hablaremos mas.

LESMES. ¡Yo queria preguntarte tantas cosas...!

PERICO. Está bien, pero durmamos tambien.

LESMES. ¡Bueno! Marcha á recostarte un poquito y...

PERICO. (No me pilla hasta mañana.)

LESMES. Ese es tu cuarto.

PERICO. Vámonos pues. — Buena tarde, Isabelilla. — Ah... tome usté el testamento de mi padre... que va aqui medio arrugado, y...

LESMES. (*Cogiéndole con efusion, y besándolo.*) Sí... sí.

PERICO. Y este otro documento...

que me ha costado á fé mia
cuatro reales su importe.

LESMES. ¿Pues qué es ello?

PERICO. El pasaporte.
Gangas de la policía.

LESMES. Es verdad. Lo entregaré
yo por mi mano al alcalde.

PERICO. Ya ve usted que no era en balde
la prevencion.

LESMES. Ya se ve.
Y asi me daré un paseo.

PERICO. (Tragó el anzuelo: ¡ qué horror!)

LESMES. ¿Mas no quieres...

PERICO. ¡Qué, señor!
Dormir tan solo deseo.
¡ Y qué tenaz, y qué fuerte...!
(*Bostezando.*)
Ay... ay... ay... Rendido, á fé:
sí, padre; déjeme usté
hasta que yo me despierte.
Y mire usted que es empeño,
y es lo demàs guirigay. —
Con que... buenas tardes. ¡Ay!
Me estoy cayendo de sueño.

ESCENA VIII.

ISABEL. DON LESMES.

LESMES. Pues señor... este muchacho...
no sé qué me diga. Él es
vivaracho, tronerilla,
alegre de cascos... ¡bien!
nada me importa... pero esas
doctrinas de Lucifer,
esas máximas modernas,
¿cómo diantres....? Porque él
no las tomó de su padre,
ni era posible... Buen pez,
por las ánimas benditas,
era Roque Chuchumec
para aguantar... ¡Ay qué jóvenes!

¡qué tiempos! —Pero Isabel,
hija mia... ¿qué haces ahí
tan taciturna?

ISABEL. No sé:
espero que usted me diga
si le ha parecido bien
el señor don Juan.

LESMES. Y á tí,
¿qué tal?

ISABEL. ¿A mí? Usted, usted
que le ha elegido es quien debe
contestar.

LESMES. Pero, muger,
¿qué ha de hacer sino gustarme?
Me estan bailando los pies.

ISABEL. ¡Cómo! ¿Es posible?

LESMES. ¿Pues no?
Y tú bailarás tambien,
no te dé cuidado. Mira:
lo primero que has de hacer
es prohibirle que lea
esos partos de Luzbel,
como el *Eco del Comercio*
y las *Ruinas de Volney*.
¿Estás? Y de esa manera
yo te aseguro...

ISABEL. ¿Con que...
es decir, que usted persiste...

LESMES. Lo primero voy á ver
si tenemos novenario:
el pasaporte despues,
y últimamente... Mas yo
sé lo que tengo de hacer.
Con que hasta luego, y...
(Entra en su cuarto por el baston y el sombrero.)

ISABEL. ¡Dios mio!
¿han de ponerme el cordel
á la garganta, y humilde
he de besarlo tambien?
¡Resolucion! Padre mio...
(A su padre, que sale.)
¡os lo digo de una vez!

antes morir que ser suya.

LESMES. ¡Cómo! ¿Qué es eso, Isabel?
¡Señorita! usted hará
lo que yo le mande á usted,
que soy su su padre, y si veo
que inobediente...

ISABEL. Yo sé
que esto no es desobediencia,
y que un padre...

LESMES. ¿Quieres ver
cómo le llamo ahora mismo,
y...

ISABEL. ¡No señor! Deje usted
que ronque toda la noche,
todo el dia y todo el mes.

LESMES. ¡Ese amor y esa letrilla|
le han puesto el seso al reves!
¡Pero cuidado conmigo,
que soy duro de cocer,
y lo que es *pronunciamientos*
jamas los consentiré! (*Vase por el foro.*)

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL. *Despues* MELCHORA.

ISABEL. ¡Pobre de mí! ¡Sin amparo,
sin un amigo siquiera
que al verme en tal situacion
compasivo me defienda!

MELCHORA. ¡Gracias á Dios que se ha ido
y puedo salir! ¡Qué pelma!
¿Pero usted llora? ¡Ay Jesus!
Sin duda el novio no entra
de dientes adentro.

ISABEL. No.

MELCHORA. Pues señor... es pejiguera
casarse con él.

ISABEL. ¡Casarme!

MELCHORA. ¡Asi me gusta! Resuelta.
¿Pero tan mal espantajo
es el don Juan?

ISABEL. ¡Si le vieras!
Tú misma no le querrias.
MELCHORA. ¿Mal bicho?
ISABEL. Malo.
MELCHORA. ¿Cojea?
¿Es corcovado?
ISABEL. No es eso:
él tiene buena presencia;
pero es un loco, y no sé
si tonto tambien.
MELGHORA. ¿Babieca?
¿Pues qué marido mejor,
si dice usted que tontea?
ISABEL. Déjame estar: tú te ries
de mi dolor.
MELCHORA. ¡Bueno fuera
que echase á llorar tambien,
cuando todo se presenta
á pedir de boca! Nada:
deje usted que el otro venga,
y usted verá como luego
le envia á tomar soleta.
ISABEL. ¡Cómo! ¿Qué dices?
MELCHORA. Que aquellos
amorcillos de muñeca
no pueden sacarla á usted
del apuro en que se encuentra.
Don Antonio, ese es el hombre
que ha de salir con la empresa.

ESCENA X.

DICHAS. DON ANTONIO.

ANTONIO. ¡Pues qué! ¿Pudísteis creer
que dama y campo cediera,
ó que saliendo de aqui
tardaria en dar la vuelta?
ISABEL. ¡Qué agitado!
MELCHORA. Don Antonio,
firme, y mojarle la oreja
al tal don Juanillo. Yo

estaré de centinela
por si volviere don Lesmes.
(*Se retira por el foro.*)

ANTONIO. ¿Dónde, dónde está...

ISABEL. ¿Otra gresca?
¡No, don Antonio!

ANTONIO. ¡Ah, que vos
ignorais todas las penas
que estoy sufriendo!

PERICO. (*Entreabriendo la puerta de su cuarto.*)
(¡Caramba!
¿Los dos en sesion secreta?)

ANTONIO. Preciso es que al tal don Juan
el demonio le proteja.
¿Pero cómo ha sido esto?
¡Creerle yo via recta
camino de Sacedon,
y echarse encima!

PERICO. ¡Qué treta!

ISABEL. ¿Qué habla don Antonio?

ANTONIO. ¡Intriga
de café, para que fuera
afortunada!—Señora,
evitad vuestra presencia,
porque le voy á romper
ahora mismo la cabeza
sin mas remision.

PERICO. (*Entrándose en su cuarto y cerrándose por dentro.*)
¡Canario!

ISABEL. ¡No, don Antonio! ¿Reyertas?

ANTONIO. (*Llamando á la puerta de Perico.*)
¡Don Juan!

MELCHORA. (*Viniendo del foro, donde ha estado fuera de la vista del espectador.*) ¡Firme, don Antonio!
Y vos, señorita, fuera,
fuera de aqui.

ISABEL. No me voy.

ANTONIO. No, no temais la contienda:
don Juan es moro de paz,
y no ha de querer la guerra.

MELCHORA. (Yo la detendré allá dentro.)

¡Vamos, vamos! Y si hay gresca,
para que usted no se asuste
le taparé las orejas.

ANTONIO. ¡Don Juan! (*Llamando á la puerta de Perico.*)

MELCHORA. Vamos, que se agarran...
Que sale ya...

ISABEL. ¡Yo estoy muerta!

(*Sale de la escena medio desmayada, y conducida á fuerza por Melchora.*)

ESCENA XI.

DON ANTONIO. PERICO, *en su cuarto.*

ANTONIO. ¡Nada, nada! Ni el consuelo
de poder saber siquiera...
Mas si el correo salió
antes que la diligencia,
¿no hubo tiempo para darle
al mayoral una esquela?
¡Maldita alarma! Y el otro
estaba de guardia y... ¡Fuerza
será que yo haya nacido
con una suerte bien perra! —
¿Pero estaré eternamente...
¡Don demonio! abrid con treinta
mil de á caballo.

PERICO. ¿Quién va?

ANTONIO. Abrid, don Juan.

PERICO. A otra puerta.

ANTONIO. Abrid.

PERICO. Que perdone usted.

ANTONIO. Vengo de paz.

PERICO. Ni por esas.

ANTONIO. (*Golpeando violentamente.*)
¡Vive Dios, que ya no entiendo
de mas aguantes, ni mas...

ESCENA XII.

DON ANTONIO. PERICO.

PERICO. Pero, hombre de Barrabás,

¿no ve usted que estoy durmiendo?

ANTONIO. ¿Y habeis podido dormir
teniendo un reto aplazado?

PERICO. Pero, hombre, si se ha enfriado
la sangre ya, ¿á qué reñir?
Y ademas... tras de jugarme
aquello de Sacedon...

ANTONIO. Ahí teneis otra razon
para salir y matarme:
porque es claro; vos vereis
en mi conducta un esceso,
y siendo asi...

PERICO. ¡Nada de eso!
¡Ay qué aprensiones teneis!
Esa ha sido una jugada
que no merece la pena,
y... ¡qué diantre! Mala ó buena,
no la enmienda una estocada.

ANTONIO. El agravio ha sido audaz,
y debeis vengarlo en mí.

PERICO. Yo tambien os ofendí,
y estamos los dos en paz.

ANTONIO. Pues sin mas contemplacion
á puntapies lo arreglamos.

PERICO. (Aqui es preciso que hagamos
de las tripas corazon.)
¿A puntapies? Voto á tal,
que se apuró mi paciencia,
y que tamaña insolencia
para sufrida está mal.
Mañana á la noche espero
satisfaccion de esa injuria.

ANTONIO. ¡Mañana! Ahora.

PERICO. Mi furia
es mas larga que mi acero.
No hay que cansarse.

ANTONIO. Es en vano.
¿Un dia de dilacion?
No, don Juan, no hay remision,
y os lo digo en castellano:
ó vos me cedeis la niña,
ó á combatir sin demora.

PERICO. Pues ni yo la cedo ahora,
ni me obligais á que riña.
¿Entendeis? Mañana digo,
y solamente mañana.

ANTONIO. Pues saltais por la ventana.

PERICO. Hombre de Dios... ¡qué enemigo!
¿No tendré yo mis razones,
cuando sufro y lo difiero?

ANTONIO. Esas son las que yo quiero
saber sin mas dilaciones.

PERICO. ¡Qué maza! Pues bien... ya voy...
Mas no hay que reirse.

ANTONIO. Hablad.

PERICO. Dirá usted que es necedad,
mas era imposible hoy.

ANTONIO. ¿Pero por qué?

PERICO. Porque es voto
que mi padre me hizo hacer,
y aunque al mismo Lucifer
le pese, jamas lo he roto.
Desde entonces no me bato
en dia de fiesta, ¿estais?
y por mas que os empeñais,
hoy es San Pedro, y no os mato.

ANTONIO. ¡Por Jesucristo...!

PERICO. No, no...
no hay que reirse, compadre:
y dad gracias á mi padre,
que fuérais muerto sino.
Ahora bien: tentadme el bulto,
lucid vuestra valentía:
vos sabeis que en este dia
no puedo vengar mi insulto.
Indefenso estoy: haced
lo que mas os diere gana:
yo he de estar hasta mañana
quieto como una pared.
Mas dadme firme... ó contad
con que, si hoy no quedo yerto,
mañana lunes sois muerto
por toda la eternidad.

ANTONIO. (Vive Cristo que me atasca,

y no sé qué hacer con él.)

PERICO. (¡Ay qué rato tan cruel!)

ANTONIO. (¿Quién le sacude ó le casca?)
¿Con que... mañana, decís?
Pero cláusula formal.

PERICO. Otorgada.

ANTONIO. ¿Sabeis cuál?

PERICO. Que está bien.

ANTONIO. ¿La presumís?

PERICO. (Me va á hacer echar la hiel.)
¡No estoy diciendo, enemigo...

ANTONIO. Hasta batiros conmigo
(*Cogiéndole del brazo y hablándole en tono de amenaza.*)
será soltera Isabel.

PERICO. No os quepa la menor duda.
(*Desasiéndose.*)

ANTONIO. Es que si porque me voy.
(*Volviéndole á asir.*)
llegais á casaros hoy...

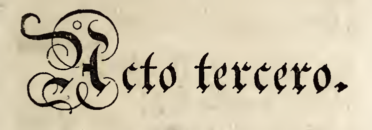
PERICO. ¡Hombre... que no!

ANTONIO. La haceis viuda.—
Con que hasta mañana.
(*Le suelta definitivamente, y se va.*)

PERICO. Id,
id descuidado. ¡Santa Ana!
¡Pero cá! Lo que es mañana,
no me pillas tú en Madrid.
(*Se encierra en su cuarto y cae el telon.*)







Acto tercero.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

DON LESMES. MELCHORA.

LESMES. ¿Pero es posible? ¿Encerrado
en su cuarto todavía?
MELCHORA. Y ronca bien, á fé mia.
LESMES. ¡Ya se ve! Vino cansado,
y ni estraño su dormir,
ni sus ronquidos, Melchora;
pero creo que ya es hora
de levantarse y salir.
MELCHORA. El tal don Juan es un buho:
aun no vi qué aire de taco
tiene, ni si es gordo ó flaco.
LESMES. Pues hará gallardo duo
con la muchacha.—Las nueve.
(*Da el reló las nueve.*)
Llámale, que en el verano
no ha de decir que es temprano...
MELCHORA. ¿Pero quién entra y le mueve?
Tiene cerrada la puerta
por dentro.
LESMES. ¿Cerrada?
MELCHORA. Sí;
y eso me parece á mí
que será por la reyerta
de anoche.

LESMES. ¡Pues ya se ve!
Mas deja, que cuando vea
yo á don Antonio... es idea
maldita la suya á fé.
¡Atropellar á mi yerno!

MELCHORA. Pues no es eso lo peor.

LESMES. ¡Qué! ¿hay algo mas?

MELCHORA. Sí señor:
hoy va la boda al infierno.

LESMES. ¡Cómo! ¿qué dices?

MELCHORA. Que el tal
don Antonio no desiste,
y solo en usted consiste
evitar el funeral
del pobre recienvenido:
con que, si usted lo medita,
y quiere á la señorita,
dele usted otro marido
mejor que ese, y...

LESMES. ¡Bachillera!
¿Quién te mete á tí... Anda allá,
grandísima bruja.

MELCHORA. ¡Ya!

LESMES. Que te echo la lengua fuera
si hablas mas.

MELCHORA. ¡Bien! callaré;
mas por eso no remedia
usted la infausta tragedia
que se prepara.

LESMES. ¿Por qué?

MELCHORA. Porque anoche se citaron
los dos como tengo dicho,
y don Antonio es mal bicho.

LESMES. Pero al fin no se agarraron;
y ademas... don Juan no irá.

MELCHORA. Lea usted ese papel
que han traido para él
hace poco.

LESMES. Venga acá.

(*Lee.*) *Señor don Juan: convenidos anoche en nuestro desafio de hoy, ni vos ni yo nos acordamos de citar sitio y hora. Para vuestro gobierno, os espero á las nue-*

ve de la mañana en las afueras de la puerta de Alcalá. Llevad padrino si quereis, y llevad al mismo tiempo las armas que os plazca elegir; en la inteligencia que si faltais á la cita ú os mostrais tan cobarde como ayer, os mato donde quiera que os halle, aunque sea en la iglesia.—Diego del Pino.

¡Habráse visto insolencia!
Mas esto es hacer el tonto,
y... deja; verás que pronto
termino yo la pendencia.
Dame el baston y el sombrero.

MELCHORA. (*Entrando.*)
¿Adónde irá?

LESMES. ¡Vaya, vaya!
que se pasa ya de raya
empeño tan majadero.
¡Oh! yo le juro... Mas di:

(*A Melchora, que sale con el sombrero y el baston.*)

¿ha visto el papel...

MELCHORA. ¡Pues ya!
¿Cómo ha de verle, si está
durmiendo?

LESMES. Pues ay de tí
si hablas de tal incidente
una palabra.

MELCHORA. ¡Yo hablarle!
Ni aun siquiera saludarle
cuando le vea.

LESMES. ¡Insolente!!!
Mas yo arreglaré contigo
mis cuentas tambien: en tanto,
para evitar un quebranto
si volviere el tal amigo,
bueno será echar la llave
á la habitacion y...

(*Vase, cerrando por fuera la puerta del foro.*)

MELCHORA. ¡Toma!
¡Señorita! ¡Pues no es broma...!
¡Señorita! ¿Usted no sabe
lo que está pasando?

ESCENA II.

DOÑA ISABEL. MELCHORA.

ISABEL. ¿Yo?
MELCHORA. Que don Lesmes se ha marchado,
y al irse nos ha encerrado.
ISABEL. Pues, Melchora, ¿qué ocurrió?
MELCHORA. Mire usted; yo le conté
lo del desafio, y ¡zás!
el viejo de Barrabás
echó la llave y se fue.
ISABEL. Llegó mi muerte, Melchora.
MELCHORA. ¿Cómo es eso?
ISABEL. El inhumano
va á disponer de mi mano.
MELCHORA. ¡Ah! ¡si usted tuviese ahora
valor y resolucion...!
ISABEL. ¿Para qué?
MELCHORA. Caso bien obvio:
para mantear al novio
y echarle por el balcon.
¿Tiene usted ánimo?
ISABEL. ¡Chica!
MELCHORA. Es que para luego es tarde,
y solo una vez se toca
la ocasion.
ISABEL. ¿Te has vuelto loca?
MELCHORA. ¡A ello! que el novio es cobarde,
y nosotras somos dos.
Llámele usted.
ISABEL. Basta ya,
y huyamos de aqui, que está
torciendo la llave.
MELCHORA. (*Azorada.*) ¡Ay Dios!
¿Si me habrá escuchado?
ISABEL. Ven,
y encerrémonos adentro.
MELCHORA. Sí, sí... evitemos su encuentro.
ISABEL. ¡Maldígale Dios amen! (*Huyen.*)

ESCENA III.

PERICO, *que sale de su cuarto bostezando y andando con mucho tiento: durante el monólogo ejecutará lo que dicen los versos.*

Pues señor... si no me engaño,
para escapar mas seguro
lo mejor es no decir
la boca es mia á ninguno.
¡Ay qué venida á Madrid,
qué Babilonia, qué sustos,
y qué trapisondas! Pero...
¿las nueve ya? Por San Bruno
que á pesar de miedo tanto
he dormido como un turco.
Salgamos luego, no sea
que venga aquel mameluco
á lo mejor y... ¡qué diablo!
(*Viendo cerrada la puerta de la habitacion.*)
¿Estan durmiendo estos brutos,
que aun no han abierto la puerta
del cuarto? ¡Pues es un gusto
como hay Dios! ¿Qué va á que el otro
viene otra vez con sus humos,
y hay otra broma? ¡Si al menos
para salir del apuro
pudiera dar con la llave!
¿Pero quién sabe los usos
de esta casa? Todos duermen:
¡qué silencio tan profundo!
Voy á ver si en la cocina...
Y veré tambien si engullo
alguna cosa, porque
con las bromas y el ayuno
de anoche... Pero esta puerta
está cerrada, y discurro
que esta otra... ¡Pues! ¿No dije
que estoy como en un embudo?
¡Ay Perico! Pero tate,
que aun me queda otro recurso.

Veamos si esta ventana...
¡Canario! ¡Cuarto segundo
con entresuelo! ¡Ay, ay, ay!
¿Mas qué me arredra? ¿qué dudo?
Llamaremos y diré
(*Tira de una campanilla.*)
que voy á misa, ó que busco
un confesor para estar
dispuesto al solemne nudo.
Don Lesmes, que es santurron,
deberá alegrarse mucho
y me dejará salir,
y doy la vuelta del humo.
(*Vuelve á llamar.*)
Sí, sí, Perico, escapemos
cuanto antes, que esto es ser burro
con poca gracia, y maldito
lo que te importa este asunto.
(*Vuelve á tirar hasta el fin del monólogo.*)
Pero esa gente... ¿Hay criados
por ahí, ó estan difuntos,
ó daré campanillazos
hasta que se acabe el mundo?

MELCHORA. (*Desde adentro.*)
Ya van... ya van...

PERICO. ¡Ay Dios mio!
¡Santa Tecla, San Abundio,
San Epifanio!
(*Sacando un pañuelo y tapándose la cara.*)

MELCHORA. (*Desde adentro.*)
Ya van.

PERICO. Ahora sí que me luzco
como hay Dios. ¡Melchora aqui!

ESCENA IV.

PERICO. MELCHORA.

MELCHORA. ¿Qué tiene usted, que tan duro
campanillea?

PERICO. (*Fingiendo la voz, hundiéndose el sombrero*

hasta las narices, y tapándose la cara con el pañuelo.)

¡Ay, ay, ay!
que estoy rabiando, y discurro
que es dolor de muelas... ¡Ay!
y quiero unos pediluvios.

MELCHORA. ¡Bueno! Se harán. ¿Para cuándo
los quiere usted?

PERICO. Luego, al punto,
corriendo.

MELCHORA. ¡Bueno! Se harán.

PERICO. Sin dilacion.

MELCHORA. ¿Duelen mucho?

PERICO. *(Desfigurando la voz mas que nunca, y en tono ponderativo.)*
¡Muchísimo!!!

MELCHORA. ¡Vaya un canto
entre ladrido y mahullo!
¿Mas no sería mejor,
si es el dolor tan agudo,
llamar al barbero y...

PERICO. ¡No!

MELCHORA. Mire usted que tiene un pulso
como un angel.

PERICO. Que no quiero.

MELCHORA. Vendrá en menos de un minuto.

PERICO. *(Descubriéndose y agarrando á Melchora por el cuello.)*
¿Quieres irte á los infiernos,
Melchora, ó entre mis puños
te tuerzo el cuello y te...

MELCHORA. ¡Ay!

PERICO. ¡Calla... ó si chistas...

MELCHORA. ¡Qué susto!
¡Ay! Yo me muero. ¡Perico!
¡Jesus!

PERICO. ¡Silencio!

MELCHORA. ¡Perucho!
¿Eras tú? ¿Pués cómo, cuándo,
de qué manera...

PERICO. A ninguno
has de decir...

MELCHORA. ¡Nada, nada!
ni una palabra.

PERICO. Ó te empujo
por un balcon, y te estrello,
y te envio al otro mundo.

MELCHORA. Pero, Perico... ¡por Dios!
Suéltame, que me atarugo.

PERICO. ¡Como vuelvas á nombrarme...!

MELCHORA. ¡No te nombraré! lo juro.

PERICO. Pues oye ahora, y cuidado...
(*La suelta.*)

MELCHORA. ¡Ay Jesus!

PERICO. Escucha.

MELCHORA. Escucho.

PERICO. Mientras Dios lo quiera, soy
don Juan para todo el mundo,
y Perico para tí.

MELCHORA. ¿Pero qué secreto oculto
es ese, bribon? No, no;
yo no apadrino tapujos.
Tú vienes con fin siniestro,
y mientras yo me consúmo
de celos y de...

PERICO. ¡Melchora!
¡Que no me mate un trabuco!

MELCHORA. Á atrapar la señorita,
á pillar...

PERICO. Pero avechucho...
¡Esto es peor que el barbero!
No vengas haciendo el buho,
que yo he venido tan solo
como simple sustituto,
y nada mas.

MELCHORA. ¡No, bribon!
¿Qué relacion ó qué núdo
te enlaza á don Juan...

PERICO. Ninguna,
y por eso me escabullo,
que el que debia venir
era don Felix Amurrio,
mi indigno amo, y...

MELCHORA. ¿Qué oigo?

¿Don Felix, decís? ¡Qué anuncio!
¡qué noticion! Señorita...
Le va á dar algun insulto
si no la preparo antes
y no le digo...

PERICO. ¡San Bruno!
¿Pues qué es lo que hay?

MELCHORA. ¡Si está
muerta por él! Si él estuvo
en Zaragoza, y allí
la enamoriscó y...

PERICO. ¿Qué mucho
que me obligase... ¡Bribon!
¡y callárselo el gran tuno!

MELCHORA. ¿Pero dónde está ese hombre?
¿Cuándo se presenta?

PERICO. Al punto,
luego vendrá. ¿Qué ha de hacer?
¡Me la ha jugado de puño!

MELCHORA. Y yo que sin conocerte
estaba atizando al búfalo
de don Antonio, y quería
darte una manta y...

PERICO. ¿Qué escucho?
Por vida de los...
(*Agarrándola otra vez.*)

MELCHORA. ¡No, no!
¡Si no es eso...! si confundo
yo las especies y... vamos,
vamos adentro, Perucho,
y despues...

PERICO. ¿Yo adentro? ¡Cá!

MELCHORA. ¿Por qué?

PERICO. Porque estoy que bufo
con este enredo, y me marcho
á los infiernos.

MELCHORA. ¡Qué estuco!
¿Con que cuando todo indica
que van á acabar los sustos
con toda felicidad...

PERICO. Sí, colgándome de un nudo,
ó de una argolla.

MELCHORA. Pero hombre,
tendrás un pecho tan duro
que abandones á tu amo,
y á la infeliz en quien puso
su corazon y sus ojos?

PERICO. Pero... ¿y si vuelve ese bruto,
y me aporrea, y...

MELCHORA. ¿Tocarte,
cuando tu mejor escudo
es doña Isabel?

PERICO. ¿Y en dónde
está, que no la descubro
por ningun lado?

MELCHORA. Allá dentro,
lamentando su infortunio. —
Vamos, Perico, á trocar
en alegría su luto,
y dame un abrazo y...

PERICO. Mira
que si me engañas...

MELCHORA. (*Abrazándole.*) ¡Qué rubio,
qué guapeton!

PERICO. (*Abrazándola.*) Melchorica...

LESMES. (*Entrando por el foro.*)
¡Pues señor, me alegro mucho!

ESCENA V.

DICHOS. DON LESMES. *Despues* ISABEL.

MELCHORA. ¡Ay Vírgen Santa!

PERICO. ¡El vejete!

LESMES. ¿Qué hacen ustedes aquí?

PERICO. (Melchora del alma mia,
inventemos un ardid.)

LESMES. No me escuchan.

PERICO. Venga acá
esa carta con dos mil
y cuatrocientos demonios.

MELCHORA. No la doy: antes morir.

PERICO. Pues morirás sin remedio.

LESMES. ¿Con que es riña? ¡Y yo creí...

PERICO. ¿Te la has comido, bribona?
LESMES. ¡Pero qué carta... ¿no oís?
PERICO. Apenas venga don Lesmes
se lo tengo de decir.
LESMES. Pero don Juan... (*Cogiéndole del brazo.*)
ISABEL. (*Saliendo.*) ¡Padre mio!
¿Qué barahunda hay aquí?
LESMES. ¡Si no lo sé! Si ahora mismo
vengo de fuera y...
PERICO. Venís
á buen tiempo.
LESMES. ¿Pues qué ha sido?
PERICO. Esa pícara, ruïn,
os lo contará. (Melchora,
hazme el favor de mentir
lo que te ocurra.) (*Marchándose.*)
MELCHORA. El señor
se equivoca, y miente, y...
LESMES. Pero usted ¿adónde va?
PERICO. ¿Lo sé yo acaso? ¡á morir!
Porque, papá... yo sé bien
dónde me aprieta el botin,
y estoy despierto y en vela
aunque parezco dormir;
y no me las pasa nadie,
ni soy un chisgaravis.
¿Está usted? (Miente ahora tú,
(*A Melchora.*)
chica, que yo concluí.)
(*Vase por la puerta que conduce al interior.*)

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* PERICO.

LESMES. ¿Pero sabremos que es esto?
MELCHORA. (Yo no sé lo que decir.)
¿Qué ha de ser? Mire usted... yo,
y don Juan, que no es aqui
lo que parece, ni es tonto,
ni ciego, ni sordo... en fin,
para que usted no lo dude

la señorita está ahí,
que lo sabe todo; y ella
no me dejará mentir.
¿Entiende usted? (Señorita...
don Felix está en Madrid.)

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* MELCHORA.

LESMES. Pues señor... quedo enterado.
ISABEL. (¡Don Felix! ¿Qué es lo que oí?)
LESMES. Pero tú, ¿qué me contestas?
ISABEL. Padre mio, ¡por San Luis!
¿Cómo quiere usted que sepa
la razon de ese motin?
Cuando yo salí á los gritos
usted estaba ya aqui.
LESMES. No, picarona, no mientas;
tú debes sabes el quid. (*Agarrándola.*)
Yo oí pedir una carta;
don Juan trinaba al salir;
Melchora le habló al oido;
yo no sé qué noto en tí...
ISABEL. Padre... usted me aturde, y yo
con lo que acabo de oir
estoy bastante aturdida,
como usted lo ve, y asi,
concluyo diciendo á usted
que no entendiéndome á mí,
menos comprendo lo que
don Juan queria decir.
(¡Don Felix! ¿Será posible?)
(*Entrase, desasiéndose de su padre.*)
LESMES. ¿Pero han hablado en latin
ó en hebreo? Nada, nada:
firme garrotazo: aqui
no hay otro medio.
(*Se dirige adentro con el palo levantado.*)
MELCHORA. (*Desde adentro á Perico.*)
¡Perico!
Detenle por San Joaquin

ahora que sabes...
PERICO. (*Saliendo.*) Salgamos,
ó está la cosa en un tris.

ESCENA VIII.

DON LESMES. PERICO.

PERICO. (*Con aire enfadado.*)
¡Vive Dios que no hay paciencia,
ni sufrimiento, ni aguante
para ver lo que uno ve.
LESMES. ¡Hoy me va á dar un calambre!
PERICO. ¡Y una alferecía á mí!
Porque usted lo ignora, padre:
aqui se juega conmigo;
aqui se baraja un naipe
que yo no entiendo; aqui hay algo
peor que hiel y vinagre.
LESMES. Pero hombre, ¿qué es lo que hay?
PERICO. Que Isabel... ¡Jesus me ampare!
que vuestra hija...
LESMES. Bien, vamos...
PERICO. Tiene un cortejo, un amante.
LESMES. ¡Cómo! (¿Si habrá descubierto...
PERICO. (Aqui es preciso engañarle
con la verdad.)
LESMES. ¡Imposible!
¿Don Antonio? ¡Qué dislate!
(Procuremos disuadirle,
porque sino...)
PERICO. (¡Vaya un lance!)
No señor, no es don Antonio;
es otro pícaro y grande
que la ronda hace tres años.
LESMES. ¡Eh! No digas disparates,
que yo sé que es imposible.
PERICO. ¡No señor! Yo vi ayer tarde
que Isabel le dió á Melchora
una carta, tres romances,
cuatro sonetos...
LESMES. ¡Jesus!

(¿Pues no habian de callarse
las grandísimas bribonas?)

PERICO. Y por eso fue el debate
cuando usted llegó.

LESMES. (¡Y creí
que estaban ahi abrazándose!)

PERICO. ¿Con que quiere usted ahora
que yo lo sufra y lo calle,
y no me arranque las barbas,
y no me vaya y...

LESMES. (¡Marcharse!)
Pero Juanito, ¿no ves
que puedes equivocarte,
y...

PERICO. No señor, no señor;
que ellas estaban hablándose
muy callandito, y yo sé
que la ocasion del percance
fue en Zaragoza, y que el otro
era entonces estudiante,
y que se hablaron los dos
cuatro semanas cabales,
y que hubo cartas y versos
y suspirillos y ayes,
y no sé si algun pellizco
para acabar de colgarme.

LESMES. ¡Qué horror! Yo voy á matarla;
yo voy...

PERICO. (*Deteniéndole.*)
¿Adónde? ¡buen padre
es usted por Dios! ¡Matarla!
¡Pues buen modo de casarme
tiene usted con ella!

LESMES. ¡No!
Me la ha de pagar, y nadie
podrá impedirlo. ¡Pellizcos!
¡Por vida... ¿Pues, y la infame
Melchora que la...

PERICO. Eso bien:
¡lo que es á Melchora, darle!
No me opongo.

MELCHORA. (*Al paño.*) ¿Qué demonios

le dice ese badulaque?

LESMES. Ella es la causa de todo.

PERICO. ¿Sabe usted qué digo, padre?
(¡Magnífico pensamiento!)
Para que no se desmande
otra vez esa bribona,
sería bueno que entrase
usted ahora, y le diese
una manta de mi parte.

ESCENA IX.

DICHOS. MELCHORA. *Despues* DOÑA ISABEL.

MELCHORA. ¡Cómo! ¿Mantearme á mí?

PERICO. ¿Ve usted, papá, con qué aire
me mira? (Ahora pagarás
la que tú querias darme.)

LESMES. La he de desollar.

PERICO. Bien hecho.

MELCHORA. (*A Perico.*)
¡Cómo, bribon!

LESMES. (*Dándola.*) ¡Cómo, infame!
¿Asi tratas...

MELCHORA. ¡Ay, ay, ay!

ISABEL. (*Saliendo.*) ¿Pero qué casa de orates
es esta, papá...

LESMES. (*Dejando á Melchora y dirigiéndose á su hija.*)
¿Y te atreves
tú tambien á presentarte...?

PERICO. (*Interponiéndose.*)
¿Cómo es eso? Poco á poco,
papá, que ni usted ni nadie
ha de ultrajar á mi novia
mientras esté yo delante.

LESMES. (*A su hija.*) No tienes poca fortuna
en que don Juan me disuade,
que sino...

PERICO. Por esta vez
vayan pelillos al aire.
Yo perdono á Melchorilla,
con tal que no se propase

de hoy mas, que en cuanto á Isabel
yo sé muy bien que es un angel.
¿No es verdad, Isabelilla,
que todo ha sido...

ISABEL. Sí, padre:
yo no sabia hasta ahora
lo mucho que don Juan vale;
pero desde que lo sé...

LESMES. ¿Con que ya no habrá romances,
ni letras, ni...

ISABEL. No señor.

LESMES. (*A Perico.*) ¿No ves como no era dable
que Isabel... Vaya, Juanito,
hagamos ahora las paces
con un abrazo y...

PERICO. ¡Quién! ¿Yo
abrazarla? Dios me guarde.

LESMES. Pero Juan, ¿á tu futura...

MELCHORA. Yo no quiero que la abrace.

LESMES. ¿Aun estás tú...

MELCHORA. ¡Bueno fuera
que antes que el cura le echâse
la bendicion...

PERICO. Pues por eso
decia yo... ¡mas qué diantre!
Ya que se empeña papá...

ISABEL. (*Desviando á Perico.*)
Pero... ¿cuándo es el enlace?

LESMES. Ahora vengo cabalmente
de arreglarlo todo, y antes
del medio dia...

PERICO. (¡San Cosme!)

ISABEL. ¿Tan pronto? (¿Vendrá al instante
don Felix?) (*A Perico.*)

PERICO. (¿Y yo qué sé?

ISABEL. (¡Cómo es eso! ¿No lo sabes?)

LESMES. (Vamos... ya se hablan.) Me alegro
que la noticia os agrade.
Por mi parte sabe Dios
que ya os casára ayer tarde;
pero estaba el guardian malo,
y hubiera sido un desaire...

PERICO. ¡Oh! Pues no faltaba mas.
Deje usted que el pobre fraile
se ponga bueno, y no importa
que por eso se dilate
ocho ó diez dias...

LESMES. ¿Diez dias?
Ni medio. ¡Qué disparate!
No sabes tú lo que anhelo...
Pero Isabel... aunque ansies
estar al lado de Juan,
bueno será que no tardes
en componerte y...

ISABEL. (¡Dios mio!)
Segun eso, está acercándose
ya el momento...

LESMES. ¿Pues no he dicho
que va á venir don Galafre,
y el escribano, y...

ISABEL. (Perico...
haz por Dios que se retarde
este asunto.)

PERICO. (Diga usted
que le ha dado mal de madre.)

LESMES. Pero señoritos...

ISABEL. Vamos.

(*Sale, acompañándola su padre hasta los bastidores.*)

MELCHORA. ¡Bribonazo! (*Dándole un pellizco.*)

PERICO. ¡Abencerrage! —

MELCHORA. Tú querias abrazarla,
pero te has quedado *in albis*.

(*Sale, viendo que vuelve don Lesmes, el cual le hace un gesto como de amenaza al pasar junto á ella.*)

ESCENA X.

DON LESMES. PERICO.

PERICO. Pues señor... ahora se empeña
en llevar esto adelante,
y... ¿cómo discurriria
yo una escusa...

LESMES. Y tú, ¿qué haces?
Pero á bien que aunque le he dicho
á Isabel que se prepare,
es sólo porque estas niñas
tardan tanto en arreglarse...

PERICO. ¿Con que es pesada? Pues yo
no digo á usted nada, padre:
medio dia necesito
tan solo para afeitarme.

LESMES. Pues hombre, lo que es por hoy
me parece un disparate
quitarte la barba: es signo
de dignidad, y mirándose
bajo ese punto de...

PERICO. ¡Sí!
Pero el pícaro del sastre
me hizo tan estrecho el frac
que tengo en el equipage...
(Como que es el de don Juan.)

LESMES. Pero hombre, ¿quién piensa en tales
pequeñeces? la levita
es nuevecita, y te cae
tan lindamente...

PERICO. ¡Eso sí...!
¡Pero sino tengo guantes!

LESMES. Mejor que mejor. La mano
la has de dar cuando te cases
sin otra piel que la tuya.

PERICO. ¿Cómo?

LESMES. Como que el enlace
sería nulo sinó...

PERICO. (¡Vaya un afan de atraparme!)
Bien está... pero á lo menos...

LESMES. Nada, nada, no te canses:
tú estás vestido, y el tiempo
lo quiero, Juan, para hablarte
de la dote y...

PERICO. ¿De la dote?
Yo quiero á Isabel de balde,
y usted me avergüenza y...

LESMES. Ya,
¡ya estoy! pero no embargante

lo que dices, es preciso
hacer el ápoca y...

PERICO. ¡Dale!
Mejor que eso anhelaria
que su merced arreglase
otro asuntillo, porque...
hablando asi... en buen romance:
eso de casarme ahora
es cosa que no me hace
maldita la gracia, y...

LESMES. ¡Cómo!
¿Ahora con esas me sales?

PERICO. Pero papá... ¿y si entre tanto
que pongo al yugo el gaznate
viene por aqui el gañan
de don Antonio y...

LESMES. ¡San Jaime!
¿Pues no me habia olvidado
con estos verengenales
de decirte lo mejor?
¡Si le he zampado en la cárcel
esta mañana!

PERICO. ¿A quién?

LESMES. ¡Toma!
A don Antonio. ¿No sabes
que habia escrito un papel
en que te citaba...

PERICO. ¡Zape!

LESMES. Pues bien: yo salí de aqui,
y yendo al primer alcalde,
que es primo mio, ¿qué hizo?
fue donde estaba esperándote,
y echándole mano...

PERICO. ¡Bravo!
¿Pero no podrá escaparse
ni...

LESMES. ¿Qué ha de escapar? Lo menos
está un mes...

PERICO. ¡Golpe admirable!

LESMES. ¡Pues qué! ¿Creías que yo
me dormia...

PERICO. ¿Y sin formarle

causa primero ni...

LESMES. Nada:
¿habia yo de pararme...

PERICO. Eso se llama entenderlo.

LESMES. Eso se llama un alcalde.
Con que puesto que no hay
nada que pueda alarmarte,
volviendo á lo de la dote,
mira, ahi tienes esa llave:
entra en mi cuarto, y verás
doce cucuruchos grandes...

PERICO. ¿Que serán los doce mil
consabidos?

LESMES. ¡Pues!

PERICO. ¡Qué diantre!
Pues no me parece mal
eso de contarlos antes,
porque en casos como estos
un maravedí que falte...

LESMES. Ya lo veo: (y me decia
que la queria de balde.)

PERICO. Pero es el caso que yo
no he contado nunca en grande,
y soy capaz de emplear
dos ó tres dias...

LESMES. ¡Tres aves
de rapiña te se coman
con tantas...

(Don Juan empolvado, que entra recatándose, y se pára al ver á los dos.)

JUAN. (¿Llegaré tarde?)

LESMES. Vamos, yo te ayudaré
á contar, que los instantes
se van pasando y...

(Quitándole la llave y abriendo la puerta del cuarto.)

PERICO. No, no:
¿usted ha de incomodarse...

JUAN. (Parece que hablan de cuentas.)

LESMES. Con que muchacho, ¿qué haces?
¿Entras ó no?

JUAN. (Y yo, ¿qué hago?)

PERICO. ¡Bueno! vaya usted delante.

LESMES. Quiero que tú me precedas.
PERICO. ¡Bueno! entraré. (¡Dios me ampare!)
(*Entran los dos en el cuarto, y se oye cerrar la puerta por dentro.*)

ESCENA XI.

DON JUAN.

Pues señor... lo que es la casa,
no cabe duda, esta es;
pero ¿cómo me presento,
ó por quién preguntaré?
Yo no debo revelar
quién soy aqui: bueno es
saber antes si don Felix
lleva mi negocio bien.
¡Pobre Felix! ¡qué apurado
se habrá visto desde ayer!
Mas para apuros los mios,
que casi dejo la piel
en manos de la faccion.
¡Qué rodear! ¡qué correr!
¿Pero quién sigue el camino
estando interpuesta en él
tan buena gente? A Dios, tio,
si aun vives; á Dios tambien
si te has muerto, que la novia
me está esperando y... ¡par diez!
que ni sé si llego á tiempo,
ni sé si por atender... —
El viejo que estaba aqui...
¿será el padre de Isabel?
Sin duda. ¿Y el otro? El otro...
el mayordomo tal vez,
porque la traza... Llamemos.
¿Mas cómo me esplico? ¡Eh!
Preguntaré por mí mismo,
y saldrá don Felix, y él
me entenderá... ¡Pero tate!
que sale el vejete. Haré
como que entro ahora, y luego...

¡Vamos! todo saldrá bien.
(*Se retira á la puerta del foro.*)

ESCENA XII.

DON LESMES. PERICO. DON JUAN.

LESMES. ¿No ves cómo se contó
todo el dinero, merced...
PERICO. ¡Toma! ayudándome usted,
yo no decia que no.
JUAN. (Ahora entro yo.) *Deo gracias.*
PERICO. (¿Don Juan aqui? ¡Voto va...!)
JUAN. (No me oyeron.)
LESMES. ¿Quién va allá?
JUAN. El tipo de las desgracias.
Dígame usted, caballero:
¿vive aqui don Lesmes...
LESMES. Sí:
yo soy: ¿qué quereis de mí?
JUAN. (Preguntaremos primero
si vino el que es otro yo.)
¿Con que sois vos? ¡Ay qué gozo!
Diga usted: ¿vino un buen mozo
llamado don Juan...
LESMES. ¿Pues no?
Don Juan Chuchumec: ¿no es eso?
JUAN. Sí señor.
PERICO. (¡Ay San Dionís!)
LESMES. Ahi le teneis.
JUAN. ¿Qué decís?
(Yo voy á perder el seso.)
¿Vos don Juan el que...
PERICO. (Valor.)
El mismito. (Va á colgarse.)
JUAN. ¡Cómo! El que vino á casarse...
PERICO. Con Isabel, sí señor.
¿Qué hay que decir?
JUAN. ¡Jesucristo!
¡Hombre...! mírelo usted bien.
PERICO. ¿Que lo mire? ¡Voto á quién...

(Este nene, por lo visto,
(A don Lesmes al oido.)
es el que ronda á la chica.)

LESMES. *(A Perico.)*
(¿Quién? ¿El galan... ¡Voto á brios!)

JUAN. *(Cogiéndole á Perico del brazo, y llevándole á un lado del teatro.)*
Hombre... aqui para entre nos:
¿cómo demonios se esplica
tan estraño *quid pro quo?*

PERICO. Hombre... ¿qué habla usted? ¿qué *quid*?

JUAN. Lo digo, porque en Madrid
no hay mas Chuchumec que yo.

PERICO. ¡Quién! ¿Usted? Caballerito...
esa es ya broma...

JUAN. *(Alzando la voz.)* ¡Canario!
¿Quiere usted, si es necesario,
que lo diga á voz en grito?

LESMES. ¡Cómo! ¿Gritos en mi casa?
Hágame usted el favor
de salir...

JUAN. Pero señor...
¡Si no sé lo que me pasa!
¿Se ha casado ya Isabel
con...

LESMES. Y diga usted, amigo:
¿qué le importa á usted?

JUAN. ¡Pues digo
que la pregunta es cruel!
¿No me ha de importar si vengo
tras ella...

PERICO. ¿Oye usted, papá?

LESMES. ¡Habrá descaro! Ande allá,
caballerito.

JUAN. ¡Pues tengo
buena acogida por Dios!

LESMES. Repito que salga fuera.

JUAN. Eso será como quiera
yo obedecer, voto á brios.

LESMES. ¿Qué es lo que dice? Anda tú, *(A Perico.)*
y llama á la guardia.

JUAN. ¡Toma!

Pero señores... ¿qué broma
es esta de Belcebú?
Don Lesmes, mirad que soy
don Juan vuestro yerno.

LESMES. ¿Quién?

PERICO. (Pero papá... mire bien
que es estudiante y...)

LESMES. (Ya estoy:
mas déjale que se esplique.)

PERICO. (¿Pero y si le engaña y...)

LESMES. (¡Chito!)
Prosiga usted, amiguito.

PERICO. (Aqui es preciso que aplique
Melchora su habilidad.)

(*Retírase hácia los bastidores, desde donde se le ve en actitud de hablar con Melchora y con doña Isabel, mientras don Juan dice los siguientes versos.*)

JUAN. Pues señor, como decia,
yo soy don Juan, que venia
lleno de amor y ansiedad,
cuando ahi en Guadalajara
me dicen que el tio Eloy
se estaba muriendo, y voy
corriendo á galope, y ¡rara
fatalidad! la faccion
interpuesta en el camino
me hace ver que es desatino
dirigirme á Sacedon.
Vuelvo atrás por consiguiente,
y dando espuela al caballo
vengo á la corte, y me hallo
con un nuevo pretendiente
que no esperaba, porque
el amigo á quien yo dí
encargo para que aqui
viniese...

PERICO. (*Volviendo de los bastidores.*)
¿Pero ve usté
cuánta mentira...

LESMES. ¿Qué amigo
es ese? Porque no entiendo
una palabra...

JUAN. ¿Comprendo
yo acaso lo que me digo?
Pero en conclusion y fin,
yo soy don Juan, y ese hombre
que está usurpando mi nombre,
es un follon malandrin
que acaba ya con mi calma,
y si Dios no lo remedia
va á haber aqui una tragedia...
(*Cogiendo á Perico del cuello.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. MELCHORA. *Despues* DOÑA ISABEL.

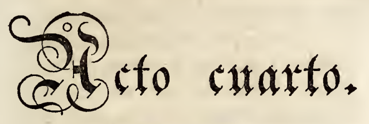
MELCHORA. (*A don Juan.*)
¡Ay don Ramon de mi alma!
¿Vos aqui?
JUAN. ¡Yo don Ramon!
PERICO. (*A don Lesmes.*)
¿Lo ve usted?
LESMES. ¡Otra te pego!
¿Qué dice esta chica?
PERICO. (*A Melchora.*) (Fuego,
y adelante el mentiron.)
MELCHORA. (*Gritando.*)
Señorita... que está aqui
don Ramon Alcantarilla,
el autor de la letrilla.
JUAN. ¡Está borracha!
LESMES. ¿Qué oí?
¡Bribon!
MELCHORA. (*Sacando á doña Isabel del brazo.*)
Salid ahora vos.
JUAN. Pero don Lesmes...
LESMES. ¡Atrás!
ISABEL. Papá, papá...
LESMES. ¿Dónde vas?
JUAN. ¿Es ella? ¡Pues vive Dios...
(*Yendo á agarrarla del brazo.*)
LESMES. (*Interponiéndose.*)
Grita ladrones, Juanito.

PERICO. Sí, bien pensado. ¡Ladrones!
JUAN. ¡Yo ladron! ¿Qué confusiones
son estas, Dios infinito?

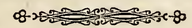
(Sale don Juan precipitado: don Lesmes se lleva á su hija del brazo: Perico y Melchora rien como tontos, y cae el telon.)







Acto cuarto.



ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL. PERICO. MELCHORA, *como de centinela á la puerta.*

ISABEL. ¡Ay Perico de mi alma,
que nos engaña á los dos
el picaron de tu amo!
PERICO. Eso mismo digo yo.
ISABEL. ¿Pero no viniste tú
á Madrid por comision
de don Felix?
PERICO. Sí señora;
pero aunque él me lo encargó,
fue por no poder venir
el otro competidor,
que por causa de su tio
se marchaba á Sacedon.
ISABEL. ¿Pues no me dijiste antes
que solamente su amor...
PERICO. Sí señora; pero fue
porque como me contó
Melchora que usted le amaba,
dije para mí: «pues son
ciertos los toros: él quiere
á la niña con furor;
pero como es tan truan
se calla el chiste, y...»
ISABEL. ¡Bribon!

¿Pero ni una vez siquiera
de mí, Perico, te habló?

PERICO. Ni una palabra: ¡si digo
que es el hombre mas atroz!

ISABEL. ¡Ah! no lo sabes tú bien;
no sabes tú la pasion
que al verme la vez primera...
«No lo dudes, esclamó:
primero que mi ternura
faltára la luz del sol.»
Y yo entre tanto tan necia
oyendo su relacion,
y esperándole tres años,
y dando tregua al dolor
leyendo sus versos...

PERICO. ¡Sí!
buenos versos te dé Dios.
A cuantas ve...

ISABEL. ¡Cómo! ¿Ha hecho
versos á otras? ¡Qué horror!

PERICO. ¡Qué! si es su fuerte. Lo menos
conozco yo veintidos
señoritas...

ISABEL. ¡Ah! ¿Y son bellas?
¿son mas bonitas que yo?

PERICO. ¿Mas bonitas? ¡y no vale
dos ochavos la mejor!
Pero él apellida á todas
su dulcísima ilusion,
sus houríes...

ISABEL. ¡Pues! lo mismo
decía de mí. (*Llorando.*)

PERICO. ¡Embrollon!
Pero á bien que con el llanto
no remedia usté el error
de haberle creido, y fuerza
será que en la situacion
en que los dos nos hallamos,
pensemos tambien los dos
lo que debemos hacer.
Su papá de usted salió
de casa hace poco, y hubo

yo no sé qué citacion
del vicario general,
y luego se suspendió
la boda y... en fin, yo veo
que va á caer el telon.
Con que antes que el diablo venga
y tire la manta en pós,
bueno será que usted tome
otro rumbo ó direccion
por sí solita, porque,
lo que es por mi parte, estoy
determinado...

ISABEL. ¿Qué dices?
¿Tú tambien en mi afliccion
me abandonas?

MELCHORA. (*Acércándose.*) Dice bien
el pobre Perico, y yo
no quiero que por enredos
de un amante engañador
le calienten las espaldas,
ó le cuelguen de un farol.

ISABEL. Pero Melchora, ¿qué arriesga
Perico en seguir...

PERICO. ¿Pues no?
¿Con que ahora que está en Madrid
el otro competidor,
quiere usted que yo...

ISABEL. ¡Cruel!
yo creí que cuando son
damas las que ruegan...

PERICO. ¡Ya!
pero tambien es dolor
que porque á usted se le antoje,
me eche yo por un balcon...

MELCHORA. ¡Chit! que sube don Antonio.

PERICO. ¿Don Antonio? (*Buscando donde guarecerse.*)

ISABEL. ¡Santo Dios!
Di que estoy enferma en cama
con cualquier cosa... con tos. (*Se entra.*)

PERICO. (*Asomando la cabeza desde su cuarto.*)
Y si te pregunta por mí...
que me ha dado un torozon.

ESCENA II.

DON ANTONIO. MELCHORA. PERICO, *escondido.*

MELCHORA. ¡Don Antonio! ¿Usted aqui?
ANTONIO. Yo aqui. ¿Dónde está ese pillo,
ese fingido don Juan...
MELCHORA. ¿Cómo es eso? ¿Lo ha sabido
usted ya todo?
ANTONIO. Esta vez
no le vale...
PERICO. ¡Jesucristo!
MELCHORA. Búsquele usted en Pequin
ó en Lombardía.
ANTONIO. ¿Se ha ido?
MELCHORA. Yo lo creo. Como que era
cosa de echarle á un presidio
si se aguardaba.
ANTONIO. ¡Se fue
sin romperle los hocicos!
PERICO. Muchas gracias.
MELCHORA. ¿Pero cómo
ha llegado á los oidos
de usted...
ANTONIO. Pues no sabes tú
la maña con que ese pícaro
ha sabido esta mañana
evitar el desafío.
MELCHORA. ¿Pues cómo?
ANTONIO. Como que he estado
hasta ahora recluido.
MELCHORA. ¡Qué! ¡si era un bribon! Mejores
van con grillete.
PERICO. ¿Qué ha dicho
esa borracha?
MELCHORA. ¿Mas cómo
salió usted del laberinto?
ANTONIO. Gracias á que dí fianza
prometiendo al juez... Mas digo:
¿dónde está tu señorita?
¿Cuánto va que ha atribuido
esta tardanza...

MELCHORA. En efecto,
que ha dado mas de un suspiro
al ver que usted...
PERICO. ¡Vírgen Santa,
y cómo miente ese mico!
ANTONIO. ¡Ah! voy á verla.
MELCHORA. Es el caso,
que en este momento mismo
ha ido á casa de su prima
doña Leonor.
ANTONIO. ¿Pues qué ha habido?
MELCHORA. ¡Me gusta la preguntilla!
¿Juzga usted poco motivo
para ocultarse á las gentes
la burla que ha sucedido
en esta casa? ¿Una burla
que ha de ponerla en ridículo
por mucho tiempo...
ANTONIO. Y á mí,
y por eso estoy que trino.
MELCHORA. Mas sabiendo usted el chiste,
¿cómo diablos no lo dijo
de buena mañana y...
ANTONIO. ¡Qué!
si lo he sabido ahora mismo.
MELCHORA. ¿Cómo?
ANTONIO. Como que el correo
lo tuvieron detenido
los facciosos, y la carta
que me escribió don Remigio...
PERICO. ¡Calle! ¿El dueño del café
de Guadalajara? ¡Lindo!
MELCHORA. Y bien: ¿qué clase de hombre
era aquel tuno...
ANTONIO. Un perdido,
criado de un tal don Felix...
MELCHORA. ¿Criado? ¡San Agapito!
Y parecia un marques.
ANTONIO. Pues no era mas que un pollino
con aparejos.
PERICO. Favor
que me hace usted, amiguito.

MELCHORA. Pero si usted, don Antonio,
tiene dos dedos de juicio,
debe callarse en su pecho
lo que le dice ese amigo.

ANTONIO. ¡Callarlo!

MELCHORA. ¿Pues no ve usted
que le han de hundir á silbidos
el dia en que se divulgue
que era criado ese bicho?

ANTONIO. Pues mira; tienes razon:
dirélo solo al vestiglo
de don Lesmes.

MELCHORA. Eso bien;
mas si quiere usted decírselo,
en la calle de los Reyes,
número noventa y cinco,
le hallará usted.

PERICO. ¡Qué embustera!

ANTONIO. ¿Pues á qué demonio ha ido
tan lejos...

MELCHORA. ¡Toma! á abrazar
al otro caballerito.

ANTONIO. ¿Qué caballerito es ese?

MELCHORA. ¿Pues no sabeis que ha venido
el verdadero don Juan?

ANTONIO. ¿Qué dices?

PERICO. ¡Buen sinapismo!

MELCHORA. ¡Cómo! ¿No le escribe á usted
la noticia...

ANTONIO. ¡Si Remigio
me dice aqui tan formal
que fue á Sacedon...!

MELCHORA. Pues hijo,
vea usted si llega á tiempo,
porque, ó no lo he comprendido,
ó estan tratando los dos
la boda...

PERICO. ¡Bravo, bravísimo!

ANTONIO. ¡Jesus, Jesus! ¿Pero dónde
dices que vive...

MELCHORA. ¿No he dicho
que en la calle de los Reyes,

número...

ANTONIO. ¡Pues me he lucido si llego tarde! (*Sale precipitado.*)

ESCENA III.

MELCHORA. PERICO.

MELCHORA. ¡Qué paso lleva el galan! Pobrecillo.

PERICO. (*Saliendo.*) Vales, Melchora, un Perú.

MELCHORA. Lárgate ahora, Perico.

PERICO. Sí, sí, dices bien.

MELCHORA. ¡Escóndete, que sube gente!

PERICO. ¡Malditos sean amen los...

ESCENA IV.

DON ANTONIO. MERCHORA. PERICO, *escondido.*

ANTONIO. Melchora, la prisa con que he salido hizo que se me olvidára...

MELCHORA. ¿Pues qué hay?

ANTONIO. Mientras de dos brincos me planto yo en esa casa, tú que siempre has protegido mi amor...

MELCHORA. Ya, ya estoy.

ANTONIO. Despliega, Melchora, en obsequio mio toda tu influencia con...

MELCHORA. Con la niña. Está entendido.

ANTONIO. (*Abrazándola y marchándose con la misma precipitacion.*) ¡Melchora!!!

PERICO. ¿Pues no la abraza el grandísimo judío?

ESCENA V.

MELCHORA. PERICO, *asomando la cabeza.*

MELCHORA. Sal ahora.
PERICO. No me da
la gana de irme.
MELCHORA. Borrico,
pues quédate dentro. ¿Tienes
celos de don Antoñito? (*Vase riendo.*)

ESCENA VI.

PERICO.

¿*Tienes celos de...*
(*Remedándola.*)
¡Gazmoña!
¡Cuando no me pego un tiro...!
(*Dice esto dirigiéndose al foro, donde tropieza con don Felix, que entra.*)
¡Pero ay Jesus!
FELIX. Caballero...
¿Mas qué veo? ¡Periquillo!

ESCENA VII.

DON FELIX. PERICO.

PERICO. ¡Mire usted si yo decia (*Abrazándole.*)
que no podia tardar!
FELIX. Pero hombre, por vida mia
¿quién pudiera imaginar...
Porque tú viste el estado
en que la ciudad quedó.
PERICO. Pues ese fue mi cuidado.
FELIX. Y el mio tambien. Mas no:
la alarma fue natural,
y á no ser por la llegada
del capitan general...
PERICO. Pero hizo usted su escapada.
FELIX. Gracias á mi comision.

PERICO. ¿Usted comision de allí?
FELIX. Pues no habiendo esa razon,
¿pudiera venir yo aquí?
¡Y qué correr! ¡Y qué tarde!
sudando como una sopa:
pero la chusma es cobarde,
y apenas llegue la tropa...
PERICO. Pero señor, ¿qué embolismo...
FELIX. Hombre, no, que te hablo serio,
y en este momento mismo
tengo que ir al ministerio.
Con que di sin dilacion
cómo va esto y...
PERICO. ¡Sí, sí!
Ya es usted buen picaron:
¡callarme esa intriga á mí!
FELIX. ¿Qué intriga?
PERICO. Vaya, ¡y se hace
de pencas el señorito!
FELIX. Hombre... ¡qué diablo! ¿te place
decir ya...
PERICO. ¡Dios infinito!
¿pues no sabeis lo que hay?
FELIX. ¿Yo?
PERICO. ¡Pues solo falta ahora
que tras tanto guirigay
me haya engañado Melchora!
Hombre... mire usted por Dios
si conoce esa letrilla.
(*Dándole un papel.*)
FELIX. ¿Versos mios, voto á brios,
en la coronada villa?
¿De dónde los has sacado?
PERICO. ¡Mira si decia yo
que era un tuno redomado!
¿Con que usted los escribió?
FELIX. ¡He escrito tantos y á tantas,
y en tan diferentes tiempos!
PERICO. ¡Ay Jesus!
FELIX. ¿De qué te espantas?
Niñerías, pasatiempos,
juguetillos de escolar.

PERICO. ¿Y eso tambien fue juguete?
Por la Vírgen del Pilar,
mire usted ese membrete.
(*Haciéndole reparar en el papel.*)
FELIX. ¡Ah...! ya caigo. Isabelita.
PERICO. ¡No te mate una centella!
FELIX. Y por Dios que era bonita:
mas ¿quién se acordaba de ella?
PERICO. ¡Cómo!
FELIX. ¡Si la hubieras visto!
PERICO. ¡Quién! ¿Yo? ¡Que me vuelva moro...
FELIX. ¡Y qué inocencia! Por Cristo
que era una joya, un tesoro.
Y estaba malita á fé.
Vamos... estoy por decir
que casi me enamoré.
Pues ¿y ella? callar, oir,
sonrojarse, suspirar
á cuanto yo le decia:
estoy tambien por jurar
que todo se lo creia.
¿Mas cómo ha sido venir
esta letrilla á tus...
PERICO. Hombre...
acabe usted de fingir.
FELIX. Por el santo de mi nombre,
que no te entiendo.
PERICO. ¡Qué diablo!
¿Pues no sabe su merced
que ella es la novia...
FELIX. ¡San Pablo!
PERICO. Y perdida por usted.
FELIX. ¿La niña de Zaragoza,
la linda Isabel...
PERICO. La misma.
¡Y tan gallarda y tan moza!
¿Mas dónde estaba esa crisma,
que no vió los documentos...
FELIX. Hombre... ¿qué habia de ver
en tan críticos momentos?
¡Si te los dí sin leer!
Y aunque viera los papeles,

¿quién pudiera imaginar
que entre tantas Isabeles
como uno dió en embromar...

PERICO. ¡Qué demonio! Pues amigo,
vea usted qué ha de ser ello,
porque esto no va conmigo,
y estoy con el barro al cuello.
Y pues ella está embobada,
vaya usted á hacerle fiestas,
que esta cruz es ya pesada
para llevarla yo acuestas.
Con que asi...

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA ISABEL. MELCHORA.

ISABEL. *(Corriendo y abrazando á don Felix.)*
¡Dios mio! ¿Es él?

PERICO. Y enamorado y perdido.

FELIX. (¡Válgame Cristo!) ¡Isabel,
Isabelita!

ISABEL. ¡Ha venido!
Y Melchora me decia
que no debia esperar.

FELIX. ¿Eso dijo?

PERICO. Pues mentía.

ISABEL. ¡Don Felix!

FELIX. (No sé qué hablar.)
Pero Isabel... ¿tú creiste
que podia faltar yo?

ISABEL. No señor: yo estaba triste,
pero dudar, eso no.
Ya veo que usted ha sido
hombre de bien para mí.

FELIX. (Si me habla mas, soy perdido.)
¡Hombre de bien! eso sí.
¿Pero qué hermosa se ha hecho,
qué linda y qué...

ISABEL. ¿Linda yo?
Mucho cariño en mi pecho,
pero bonita... eso no.

PERICO. Con *eso nó* y *eso sí*,
se van á estar media hora.

MELCHORA. (*Que ha estado atisvando.*)
Señorita, que está aqui
don Lesmes.

FELIX. ¿Qué hago yo ahora? (*A Perico.*)

PERICO. ¡Toma! Apechugar con él.
(*Se mete en su cuarto.*)

ISABEL. Sí, sí, don Felix, por Dios:
háblele usted.

FELIX. ¡Isabel!
(*Abrazándola con pasion.*)
Bueno: retírate.

ISABEL. A Dios.

ESCENA IX.

DON FELIX. *Despues* DON LESMES. PERICO, *escondido.*

FELIX. ¿Pero qué diablos le digo,
si yo no sé... ¡Y esperándome
en el ministerio ya,
y siendo tan importante
mi comision!

LESMES. ¿Con que no era
don Juan aquel badulaque?
¡Jesus, Jesus! ¡Pero cuerno!
¿Aqui otro nene?

FELIX. Dios guarde
á usted, don Lesmes.

LESMES. Y á usted.
(¿Tendremos aqui otro lance?)

FELIX. Hasta que yo esté de vuelta,
que no tardaré un instante,
hágame usted el favor
de dilatar el enlace
de su hija.

LESMES. ¿Cómo es eso?
¿Quién es su merced, don Nadie,
para prevenirme á mí...

FELIX. Perdone usted; pero baste
que yo se lo ruegue y... Mas

cuidado con que maltrate
usted á Isabel, porque
si á mi noticia llegáre
el mas pequeño...

LESMES. ¡Canario!
¿Con que ademas de tratarme
como á un monigote...

FELIX. He dicho,
señor don Lesmes: Dios guarde.

ESCENA X.

DON LESMES. PERICO.

PERICO. (*Asomando la cabeza.*)
¡Cómo! ¡Se ha ido! Pues yo
no me quedo á que me salen.

LESMES. (*Desde la puerta del foro, mirando afuera.*)
Pero oiga usted, don Demonio...

PERICO. (*Andando hácia la puerta.*)
Oiga usted, don Galafate...

LESMES. ¡Cómo! ¿El fingido don Juan?

(*Se pone en guardia á la puerta con el palo levantado.*)

PERICO. (*A cierta distancia.*)
¡Haga el favor de apartarse,
señor don Lesmes...!

LESMES. ¡Bribon!
Le he de freir esas carnes.

PERICO. Repito que deje usted
franca la puerta.

LESMES. ¡Tunante!

PERICO. Mire usted que no me dejo
sacudir las moscas.

LESMES. ¡Cafre!

PERICO. (*Determinado á echarse sobre don Lesmes.*)
Mire usted que va á rodar
si se me pone delante.

LESMES. ¡Cómo! ¿Atropellarme á mí?
Isabel... Melchora...

(*Salen las dos á los gritos de don Lesmes: Perico se dirige hácia este, y al mismo tiempo entra don Juan.*)

ESCENA XI.

DON LESMES. PERICO. DOÑA ISABEL. MELCHORA. DON JUAN.

ISABEL. Padre...
JUAN. (*Entrando por el foro.*)
Don Lesmes, ¿qué es eso? Pero...
¿qué miro? (*Viendo á Perico.*)
PERICO. ¡Vírgen del Carmen!
JUAN. (*Agarrando á Perico de una oreja.*)
Venga usted acá...
LESMES. (*A don Juan.*) Ahógale.
PERICO. Pero don Juan...
LESMES. (*A doña Isabel.*) Huye, apártate
de mi presencia.
ISABEL. ¡Dios mio!
¿qué habrá pasado? (*Se retira.*)
JUAN. ¡Vergante!
LESMES. Ahógale.
PERICO. Pero don Juan,
¿quiére usted desorejarme?
JUAN. Entre usted en ese cuarto.
(*Haciéndole entrar en el que ha sido cuarto suyo, y cerrándole dentro.*)
LESMES. Sí, bien pensado.
MELCHORA. (*Que ha estado asustada contemplando la escena.*)
¡Encerrarle!
¿Y por qué?
LESMES. Y á tí tambien. (*Agarrándola.*)
JUAN. (*Haciendo lo mismo.*)
Pero será en otra parte.
(*Metiéndola en otro cuarto, frente por frente al de Perico.*)
MELCHORA. Pero señores, por Dios...
JUAN. Los he de colgar de un cable.

ESCENA XII.

DON LESMES. DON JUAN.

LESMES. Ahora bien, señor don Juan...

JUAN. ¿Con que estais desengañado...?
LESMES. ¡Calla! que estoy endiablado
pensando en ese truan.
¿Pero cómo entre dos seres
tan de opuestas condiciones
no via yo esas facciones
que estan diciendo quién eres?
Yo que, como á ver me cuadre,
nunca cometo desliz,
¿cómo no vi esa nariz
que es la misma de tu padre?
¿Cómo olvidé yo ese pelo
medio negro y medio rojo,
y ese mirar de reojo
como miraba tu abuelo?
¿Cómo, siendo observador,
tu pinta desconocí,
y tu ademan, y...
JUAN. Sí, sí;
sois un gran conocedor:
pero á fé que si descuido
el citaros ante el juez,
dais á la niña, par diez,
bravo animal por marido.
Mas no hablemos de eso ya,
que pues todo se ha pasado...
LESMES. Pero... ¿y el que está encerrado?
JUAN. Todo se averiguará.
Mientras yo voy á traer
quien á la cárcel le lleve,
haga usted que venga en breve
un escribano á estender
el pacto matrimonial.
LESMES. Bien dicho: pero te ruego
que vuelvas...
JUAN. Vereis cuán luego
acaba el verengenal.
(¡Este don Felix! ¡Por Cristo
que tengo una pesadilla...!)

ESCENA XIII.

LESMES.

Es mas vivo que una ardilla,
y van á hacer por lo visto
linda pareja los dos.
¡Pero qué zopenco fuí!
Estoy por entrar ahí,
(*Señalando al cuarto de Perico.*)
y freirle, voto á brios.—
Pero la justicia hará
lo que convenga con él:
vamos á ver á Isabel,
y pobre de ella...

ESCENA XIV.

PERICO. MELCHORA, *desde la ventanilla.* DON LESMES, *en la escena.*

PERICO. Papá.
LESMES. ¡Ay Jesus! ¿Pues dónde suena
ahora esa voz...?
MELCHORA. Periquillo.
LESMES. (*Volviendo la cara al otro lado.*)
¡Hoy me mata un tabardillo!
PERICO. Felices dias, morena.
LESMES. ¡Ah! ¿Con que era en la ventana?
¡Pero no podeis salir,
bribones!
PERICO. Venga usté á abrir.
MELCHORA. Y usted verá con qué gana
nos vamos los dos.
LESMES. ¡Mostrenca!
PERICO. Mire que de no otorgar,
lo va á gemir y á llorar.
LESMES. Ya te lo dirá la penca,
pillastron.
MELCHORA. (*Haciendo como que se cae, tras lo cual se oye un estrépito en el interior del cuarto.*)
¡Ay! ¡ay!

LESMES. ¿Qué ruido
viene á ser ese?
PERICO. Esa boba
que se ha hecho alguna joroba.
LESMES. ¡Que no se rompa el sentido!
PERICO. Hombre... tenga usted piedad,
y vea si se mató.
LESMES. ¡Herejote!
PERICO. ¿Con que no?
Pues ya que no hay caridad,
yo tampoco la tendré.
¿Ve usté en mi mano este pliego?
(*Mostrando un papel por el ventanillo.*)
LESMES. ¡Y bien! ¿Qué?
PERICO. Si no abre luego,
yo á don Juan se lo daré.
LESMES. Y á mí, ¿qué me importa?
PERICO. ¡Bueno!
Mas yo sé que en tal afan
quisiera el señor don Juan,
mas que esta carta, un veneno.
¿Quiere usted que calle yo
lo del galan escondido,
y los amores que ha habido,
y...
LESMES. ¡Jesucristo!
PERICO. ¿Pues no?
Y si esto adelante pasa...
LESMES. Pero hombre... usted es un vándalo.
PERICO. Ya verá usted el escándalo
que va á haber en esta casa.
LESMES. Pero por Dios verdadero...
PERICO. Pues abra y me callaré.
LESMES. ¿Y se irá luego?
PERICO. Me iré.
LESMES. Pues entonces...
(*Va á abrir y se detiene de pronto.*)
Pues no quiero.
¿Juzga usted mis ojos vizcos
ó mis potencias tan lerdas...
PERICO. (*Haciendo como que lee.*)
«Querida Isabel: ¿te acuerdas

de los últimos pellizcos... ?»

LESMES. ¡Cómo!!! ¿Eso dice? ¡Jesus!!
Baje usted por Barrabás,
que no quiero escuchar mas...
¡Me va á dar un patatús!
¿Pero me da usted palabra
de darme esa carta y...

PERICO. (*Desde adentro.*) Sí.

LESMES. Pues salga usted. (*Abriendo.*)

PERICO. Pues salí. (*Saliendo.*)

LESMES. Pues venga el papel.

PERICO. Pues abra
usted la otra puerta ahora.
(*Señalando al cuarto de enfrente.*)

LESMES. Pues bien... ya voy: ya está abierta.

PERICO. ¡Melchora! ¿Pero está muerta,
que no responde?

LESMES. (*Mirando.*) ¡Melchora...!
¿Mas quién me agarra? (*Cae dentro.*)

PERICO. ¿Qué es eso?

MELCHORA. (*Saliendo.*)
Que ahora le encierro yo.
(*Volviendo la llave.*)

ESCENA XV.

PERICO. MELCHORA. DON LESMES, *encerrado.*

PERICO. ¡Vaya una idea!

MELCHORA. Y de pró.

PERICO. ¿Pero te has roto algun hueso?

MELCHORA. ¡Pues qué! ¿Soy de mazapan?

LESMES. (*Dentro.*) ¡Abre, follon; abre, loca!

PERICO. Cállese usted esa boca,
ó doy la carta á don Juan.

MELCHORA. Vamos, Perico.

PERICO. Sí, sí...
Pero me ocurre otra idea:
escapar es cosa fea
dejando á Isabel aqui.
¿No es un grande pensamiento
sacarla inmediatamente...

MELCHORA. ¿Un rapto? Perfectamente.
PERICO. Pues vé por ella al momento.
MELCHORA. Sí, sí... ¡Señorita! (*Entrase.*)

ESCENA XVI.

PERICO. DON LESMES, *encerrado.*

PERICO. ¡Bravo!
Ahora dicto yo la ley,
ó digo que soy un buey
desde la cabeza al rabo.
LESMES. (*Golpeando.*)
Pero bribones, abrid.
PERICO. (*Por el agujero de la llave.*)
Repito que no me tarta,
ó entrego á don Juan la carta.

ESCENA XVII.

ISABEL. MELCHORA. PERICO.

ISABEL. ¿Qué es lo que dices?
MELCHORA. Venid.
PERICO. Sí, sí, señorita; vamos,
mire usted que le interesa.
ISABEL. Pero si no entiendo...
PERICO. Esa
se lo esplicará.
MELCHORA. Salgamos.
ISABEL. ¡No! Yo no quiero salir.
PERICO. Entonces... agárrala
(*Cogiéndola de un brazo: Melchora del otro.*)
del otro brazo y...
ISABEL. (*Gritando, y al mismo tiempo que está golpeando la puerta don Lesmes mas fuerte que nunca.*)
¡Papá!
PERICO. No hay mas papá que venir.
(*Se la llevan entre los dos.*)

ESCENA XVIII.

DON LESMES, *en la ventanilla.*

Pues señor... me encaramé,
aunque con mucho trabajo.—
¡Cara de mico! ¡Espantajo!
¡Chit! ¡Cuchuchit! —¡Lindo á fé! —
¡Melchora! Vamos, diablico,
y basta de broma y... ¡Nada!
¡Isabel!!! ¡Mas qué bobada!
¿Cómo ha de oirte, borrico,
si está en los cuartos de adentro?
¡Lance fue de Lucifer!
Mas yo creo que ha de haber
una bocina aqui dentro.
Bajemos, por San Pascual, (*Se introduce.*)
y veré si la cerraja...

ESCENA XIX.

DON JUAN. ALGUACILES. *Despues* DON LESMES.

JUAN. ¡Pues sí señor! Es alhaja
el mocito, voto á tal.
ALG. 1.° Pues á la cárcel con él.
JUAN. Y con ella.
ALG. 1.° ¿Pues qué hay dos?
JUAN. Mas cuidado, vive Dios,
con que se escape el doncel.
(*Entra en el cuarto de Perico, y vuelve á salir.*)
Aqui no hay nadie. ¿Qué es esto?
LESMES. (*Desde adentro.*)
Tened compasion de mí.
JUAN. ¡Ah! le han trasladado aqui
con la otra. (*Abriendo.*)
LESMES. (*Saliendo.*) Por supuesto.
JUAN. ¡Don Lesmes!
LESMES. ¡Don Cuerno!
ALG. 1.° (*A don Juan.*) ¿Es
este el mocito...
LESMES. Un demonio.

JUAN. Pero hombre, por San Antonio...
LESMES. Pero hombre, por San Andrés...
¿Juzgas que me rio yo...?
JUAN. Pero ese bozal de Angola...
LESMES. Echale un nudo á la cola.
JUAN. ¡Qué! ¿Se marchó?
LESMES. Se marchó.
JUAN. ¿Y ella tambien?
LESMES. Tambien ella:
y me han encerrado á mí.
JUAN. Pero señor... ¿cómo asi?
LESMES. Míre usted que me degüella
con tanta pregunta ya.
JUAN. Pues si se fueron los dos...
vayan ustedes con Dios.
ALGUACILES. Pues fue lance. Ja, ja, ja. (*Vanse riendo.*)

ESCENA XX.

DON LESMES. DON JUAN.

LESMES. ¡Ja, ja, ja...! ¡Que no les dé
un torozon ahora mismo!
JUAN. Pero hombre...
LESMES. ¡Qué sinapismo!
Si como yo te encargué
hubieras venido pronto,
no sucediera este azar.
JUAN. ¡Don Lesmes! vaya á engañar
con esa farsa á otro tonto.
LESMES. ¡Cómo! ¿Me dirás tú ahora...
que yo miento, ó...
JUAN. No lo sé;
mas sí, don Lesmes, diré...

ESCENA XXI.

DICHOS. DON ANTONIO.

ANTONIO. ¡Pues me ha engañado Melchora!
LESMES. ¿Vos aqui? ¿Pues cómo habeis
salido de vuestro encierro?

ANTONIO. Porque para cada perro
hay otro can: ¿lo entendeis?
Pero ya que se ha marchado
el que don Juan se fingia,
don Lesmes, no hay mas tu tia:
venga Isabel; la he ganado.
JUAN. (*Acercándose á don Antonio.*)
¡Ah! ¿Con que sois mi rival?
ANTONIO. ¡Ah! ¿Y vos sóislo mio? ¿no?
JUAN. Pues me alegro mucho.
ANTONIO. Y yo.
LESMES. ¿Otro lance? ¡San Pascual!
¿Juega conmigo á los bolos
un susto tras otro susto?
JUAN. Don Lesmes, hacedme el gusto...
ANTONIO. Don Lesmes, dejadnos solos.
LESMES. Pero, señores, por Dios...
JUAN. Vamos, don Lesmes, salid.
LESMES. Pero, Juanito, ¿una lid?
ANTONIO. Ea, salid, ¡voto á brios!
LESMES. ¿Con que no escuchais razones?
¡En dia nací menguado! —
Voy á ver si me han robado
la gabeta esos bribones.

ESCENA XXII.

DON ANTONIO. DON JUAN. *Al fin de la escena* DON FELIX. *Durante ella pasa* DON LESMES *tres veces de un lado del teatro al otro.*

JUAN. Con que ¿cuándo empieza usted
á romperme la mollera?
ANTONIO. Primero saber quisiera
si la tiene su merced:
porque venir tan tardío
y querer á pesar de eso
llevarse á Isabel, ni es seso,
ni es racional, señor mio.
Con que ved cómo os plegais
buenamente á la razon,

ó acabamos la cuestion
como mejor elijais.

JUAN. Caliente sois por la muestra,
y me alegro, don Antonio,
que á cabeza de telonio
no ha de ganarme la vuestra.
Mas yo no he de baceros ascos
en lo que argüiros es:
con que hablemos... y despues
nos romperemos los cascos.
Decís que tardío fui,
y no es cierto por quien soy,
pues si no vine basta hoy,
vino ayer otro por mí.
Es pues cansarse sin fruto,
y es razon harto follona
decir que falta en persona
quien envia un sustituto.

ANTONIO. ¿Y en qué código leyó
don Juan que eso esté admitido?

JUAN. ¿Y en qué libro habeis leido
vos, don Antonio, que no?

ANTONIO. Bravo sustituto y fiel
para que dé testimonio.

JUAN. Ese asunto es, don Antonio,
para arreglarlo yo y él.
Yo envié quien impidiera
que os diese Isabel su mano,
y prueba que no fue en vano
es que la encuentro soltera.

ANTONIO. Si no llamais en socorro
razon mejor y mas alta...

LESMES. (*Saliendo de su cuarto y atravesando la escena, mientras don Antonio habla en voz baja á don Felix.*)
Pues señor, nada me falta;
pero no encuentro mi gorro.

JUAN. ¿Y quién dice, voto á tal,
que no estais equivocado?

ANTONIO. Estoy muy bien informado
de ese ardid original.
Vos veníais á Madrid

y os fuísteis á Sacedon.

JUAN. Veo que teneis razon,
y que sabeis el ardid:
¿mas quién, don Antonio, os dijo
la historia de mi aventura?

ANTONIO. Por lo que don Juan se apura
que pierde el pleito colijo;
pero dejemos ficciones
y hablemos clarito ya,
que no han de servir acá
farsas ni sustituciones.
Yo, don Juan, quise saber
si vuestro afecto sincero
era á Isabel ó al dinero,
á la dote ó la muger.
Con ese objeto esparcí
la voz de que vuestro tio...

LESMES. (*Volviendo á atravesar la escena hácia su cuarto, donde entra.*)
¡Pero este gorro, Dios mio!
¡Si yo lo tenia aqui!

JUAN. ¡Pues hice un viaje cruel!
Ahora digo, don Antonio,
que sois el mismo demonio,
y que merece laurel
intriga tan bien urdida.
Venga esa mano. (*Dándosela.*)

ANTONIO. (*Idem.*) ¡Pues cómo!
¿Renunciais...

JUAN. (*Retirando la mano.*)
¡No por asomo!
Pero ha sido una partida
tan linda, que ó soy un zote,
ó digo que pese á ella,
será mia Isabel bella,
y no es á fé por la dote.
Cuando no la conocia
os confieso por San Gil
que solo en los doce mil
fijos los ojos tenia:
pero he visto su belleza,
y al verla...

LESMES. (*Volviendo á atravesar la escena y entrando por el otro lado.*)
¡Si soy un porro!
Estoy buscando mi gorro,
y lo llevo en la cabeza.

ANTONIO. Pues entonces no se abra
ya el labio, y antes que algun...

JUAN. Perdonad, que tengo aun
el uso de la palabra.
Decís que á vos se debió
tan endemoniado ardid.

(*A este verso se presenta don Felix en escena, y se pára á la puerta del foro.*)

¿Diréisme cómo en Madrid
mi amigo no pareció?

ANTONIO. Es perder el tiempo en vano,
cuando á reñir apelais:
básteos, don Juan, que veais
que no vino el ciudadano
para burlarme elegido,
y por tanto el matrimonio...

FELIX. (*Desde la puerta.*)
¡Os engañais, don Antonio!
Felix Amurrio ha venido.

ESCENA XXIII.

DON JUAN. DON ANTONIO. DON FELIX.

JUAN. (*Abrazando á su amigo.*)
¡Felix!

ANTONIO. ¡Ah! ¿Con que sois vos
de don Juan el enviado?

FELIX. Sí señor, y este teclado
no es ya negocio de dos.

JUAN. Pero hombre, ¿me esplicarás
esta torre de Babel?

FELIX. Es que el caso es mas cruel
de lo que piensas quizás.
Dime, Juan: ¿ está arreglada
la diferencia entre...

JUAN. Sí:

como que vamos de aqui
á darnos una estocada.

FELIX. Pues no me parece mal,
porque Isabel lo merece.

ANTONIO. Pero el hierro se enmohece,
don Juan, con tardanza tal;
y es ya vergüenza...

JUAN. Por cierto
que teneis razon.

ANTONIO. Pues vamos.

FELIX. ¿Mas cómo nos arreglamos?

JUAN. ¡Toma! le mato... ó soy muerto.

FELIX. Bien.—Y el que quede con vida...

JUAN. Pues es claro, moscatel:
se casa con Isabel,
y pendencia concluida.

FELIX. Eso será, por supuesto,
despues de matarme á mí.

JUAN. ¡Cómo!

ANTONIO. ¿Por qué?

FELIX. Por que asi
parece que se ha dispuesto.
¿No la amais los dos?

JUAN. ¡Y bien!

FELIX. Pues reñimos, no hay amparo.

JUAN. ¿Con que es decir...

FELIX. ¡Pues es claro!

ANTONIO. ¿Con que vos la amais tambien?

JUAN. (*Con amarga ironía.*)
¡Ah! ¡Ya lo veo! Era rica,
y al verla en tu desvarío...

FELIX. (*Indignado.*)
¡Señor don Juan!!

ESCENA XXIV.

DICHOS. DON LESMES.

LESMES. ¡Ay Dios mio!
¡Que me han robado la chica!

LOS TRES. ¿Qué dice usted?

LESMES. ¡Que no hay mas!

¡que me la han arrebatado!
¡que ese hombre me la ha robado!
(*Reparando en don Felix.*)

ANTONIO. }
JUAN. } ¡Don Felix!

FELIX. ¿Yo? ¡Por San Blas!

LESMES. ¡Sí, sí, sí! ¿Quién si no él,
con los otros seductores...

JUAN. ¡Aleve!

ANTONIO. ¡Raptor!

FELIX. ¡Señores!!!
¿Quereis que me dé á Luzbel?

LESMES. ¡Pues yo repito que sí!
El es el autor del mal.

ESCENA XXV.

DICHOS. PERICO.

PERICO. Pues yo digo que no hay tal.

JUAN. ¿Aqui el otro?

ANTONIO. ¿El otro aqui?

LESMES. ¡Pillo!

JUAN. ¡Tunante!

ANTONIO. ¡Bribon!

FELIX. (*Conteniéndolos.*)
¡Señores!!!

PERICO. ¿A mí con gritos?
Pues os quedais solteritos,
y se acabó la cuestion. (*Hace que se va.*)

ANTONIO. ¿Qué dice?

LESMES. Venga usté acá.

JUAN. ¿Qué diablo viene á ser esto?

PERICO. Es que con solo un denuesto
que vuelva á haber...

LESMES. No lo habrá.

(*Hace señas como suplicando que le dejen hablar.*)

PERICO. Ahora bien: Isabelilla
está en mi poder, hermanos,
y la razon es sencilla:
¿qué ha de hacer la pobrecilla,
entre tirios y troyanos?

Ya pues que á mí se acogió,
como á neutral en el ruido
que por ella se movió,
¿os parece bien que yo
sea el que la dé marido?

LESMES. ¡Pues no era mala ensalada!

ANTONIO. ¡Vaya un consejo oportuno!

JUAN. No oí mayor borricada.

PERICO. ¡Pues nada! no he dicho nada:
no se la doy á ninguno.
(*Hace que se va.*)

LESMES. ¡Jesucristo! venga usté, (*Deteniéndole.*)
y devuélvame mi hija.

PERICO. Bueno: la devolveré;
mas será con un con qué:
que haya chiton, y ella elija.

LESMES. Es que ella no elegirá,
ni yo lo consiento.

PERICO. ¿No? (*Marchándose.*)

LESMES. Hombre... vuelva usted acá. (*Deteniéndole.*)

PERICO. Es que me incomoda ya
con tanto hacer el jocó.

ANTONIO. (*Que ha estado hablado aparte con don Juan y don Felix.*)
Señor don Lesmes, los tres
hemos convenido aqui
en que ella elija.

JUAN. Asi es.

LESMES. Pues gracias á San Mamés.

PERICO. No señor; gracias á mí.—
¡Doña Isabel! (*Llamando.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. DOÑA ISABEL. MELCHORA.

ISABEL. ¡Padre amado!

LESMES. ¿De dónde sales, chorlito?

ISABEL. ¡Qué, señor! ¡Si me han llevado
los dos al cuarto de al lado!

LESMES. ¿Al de la viuda?

MELCHORA. Al mismito.

PERICO. Señorita, á la cuestion:

ya por acuerdo formal
conviene esta reunion
en que ejerza el corazon
su derecho electoral.
Ved pues á quién elegís,
y vedlo bien, porque noto
que está la patria en un trís,
y la cuestion del país
pende tambien de ese voto.
Los cuatro prestando oido
os rendimos sumision;
y en prueba de sometido...
yo renuncio á ser marido:
aceptad mi dimision.

MELCHORA. Pues no faltaba otra cosa.

ISABEL. ¿Qué es lo que digo, papá?

PERICO. ¡Vaya una niña donosa!

LESMES. ¿Con que tú quieres, hermosa,
que yo lo arregle?

PERICO. ¡Cá, cá!
¡Si el que lo arregla soy yo!

ISABEL. Pues bueno.

PERICO. Pues don Antonio.

ISABEL. ¡Estás loco!

PERICO. ¿No agradó?
Pues don Juan.

ISABEL. ¿Don Juan? No, no.

PERICO. Pues vaya usted al demonio,
y diga clarito...

ISABEL. ¡Sí!
Yo elijo al que en Zaragoza
alma y corazon le dí.

FELIX. (*Abrazándola.*)
¡Isabel!!!

JUAN. ¿Qué es lo que oí?

PERICO. (*A don Antonio y don Juan.*)
¿Qué tal? ¿Se esplica la moza?

ANTONIO. Pues era antiguo el amor.

JUAN. ¡Y lo callaba el tronera!

LESMES. ¿Con que usted es el autor...

PERICO. Y yo su fiel servidor,
Periquillo el calavera.

ANTONIO. (*A don Juan.*)
¿Con que tras tanto desman
y al fin de tanto babel,
paró en esto nuestro afan?

PERICO. Si me permite don Juan,
contestaré yo por él.

JUAN. En buen hora.

PERICO. Pues corriente;
y digo por conclusion...
pero haga usted igualmente
que no se mueva la gente
hasta que caiga el telon.

Digo pues, y lo digo en un soneto,
que segun la comedia lo relata,
quien por dote y muger menos se mata
logra á veces mejor su doble objeto.
Digo que la muger es mal sugeto
para arreglar sus bodas por contrata,
porque ella es la que elige en buena plata,
salvos al padre la sancion y el veto.
Digo que fue don Juan un mentecato
plato y tajada al anhelar con treta,
para quedarse sin tajada y plato.
Digo, en fin, que la rima me sujeta,
y concluyo pidiendo lo inmediato:
indulgencia al actor; gracia al poeta.

